



VLADIMIR ODOIEVSKI  
EL COSMORAMA

MALDOROR ediciones



**Vladimir Odoievski**

# **EL COSMORAMA**

**Traducción:**

**Jorge SEGOVIA y Violetta BECK**

**MALDOROR ediciones**

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada  
por los editores, viola derechos de copyright.  
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original :

**Kosmorama**  
Izdatielstvo AST

Primera edición: 2009

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN-13: 978-84-96817-03-6

Maldoror ediciones, 2009  
maldoror\_ediciones@hotmail.com  
www.maldororediciones.eu

# *EL COSMORAMA*



dedicado a la condesa E. R(ostopchin)

*Quidquid est in externo est etiam in interno*  
(Neoplatónicos)

La pasión que tengo por investigar en los libros viejos me ha llevado a menudo a curiosos descubrimientos; espero a la larga poder ofrecer la mayor parte al público cultivado, pero considero que muchos de ellos necesitan un prólogo, una introducción, comentarios y otros aparatos críticos; ni que decir tiene que todo eso exige tiempo, así que he resuelto proponerle a los lectores algunos de mis hallazgos sencillamente en el estado en que llegaron hasta mí.

Para comenzar, quisiera hacerles parte de un extraño manuscrito que compré en una subasta, con todo un lote de viejos libros de contabilidad y papeles familiares. Se ignora quién lo ha escrito y en qué época, pero lo importante es que la primera parte, que constituye un relato en sí, está redactada en papel de cartas, con una escritura bastante reciente y hasta muy bella, de modo que pude entregársela al impresor sin necesidad de copiarla de nuevo. No hay aquí, pues, nada que sea de mi pluma; sin embargo, quizá algunos lectores me reprochen haber dejado muchos pasajes sin explicación. Me apresuro a tranquilizarlos anunciándoles que preparo cerca de cuatrocientos comentarios, de los cuales doscientos ya están acabados. Todos los acontecimientos relatados en este manuscrito se explican ahí como

dos y dos son cuatro, de tal manera que no quedará ya la menor ambigüedad; esos comentarios constituyen un volumen en cuarto bastante considerable y serán publicados aparte. Entretanto, trabajo sin descanso en descifrar la continuación del manuscrito, lamentablemente redactado con una escritura completamente ilegible, y no tardaré en ofrecerla a la curiosidad del público; por ahora, me contentaré con informar que la continuación tiene un nexo con las páginas que siguen, pero abraza la segunda mitad de la vida del autor.

## EL MANUSCRITO



Si hubiese podido suponer que mi existencia sería un encadenamiento de aventuras incomprensibles y prodigiosas, hubiera consignado los menores detalles para la posteridad. Pero mi vida, en sus comienzos, era tan sencilla, tan parecida a la vida de cualquier otro hombre, que no se me ocurrió no sólo anotar cada uno de mis días, sino ni siquiera conservar el recuerdo. Los fantásticos acontecimientos de los que a la vez fui testigo, actor y víctima, se insinuaron en mi existencia de manera tan imperceptible, se incorporaron tan naturalmente a las circunstancias de mi vida cotidiana, que, los primeros tiempos, no pude discernir plenamente toda la extrañeza de mi situación.

Confieso que, trastornado por lo que vi, y no estando decididamente en estado de distinguir la realidad del simple juego de mi imaginación, aún hoy soy incapaz de desentrañar mis impresiones. Todo lo demás casi se ha borrado de mi memoria; únicamente recuerdo los acontecimientos que se relacionan con las incursiones en la *otra* vida, o más bien, en la vida de *otra parte* —no sé cómo llamar a este estado irreal en que me encuentro, cuyos misteriosos eslabones se remontan a mi infancia, antes incluso de que hubiese comenzado a adquirir conciencia de mí mismo, y que aún hoy resurgen con una terrible continuidad lógica, de manera inopinada y casi contra mi voluntad; obligado a huir de los hombres, temiendo a cada instante que el menor movimiento de mi alma se transforme en crimen, evito a mis semejantes y en mi desesperación, confío mi vida al papel, apelando en vano a todas las fuerzas de mi razón para encontrar un medio de escapar a estas misteriosas redes tendidas para perderme. Pero me doy cuenta que todo lo que dije hasta el momento sólo puede ser comprendido por personas que hayan atravesado las mismas pruebas que yo, por eso voy a apresurarme para llegar al corazón de los acontecimientos. No hay en este relato nada imaginado, ninguna fabula-

ción. Me he mostrado ora detallista, ora conciso, según el capricho de la memoria –tanto intenté guardarme de la menor invención. No me arriesgaré a explicar las aventuras que me han ocurrido, pues lo que será incomprensible para el lector lo es igualmente para mí mismo. Alguien poseyendo la verdadera clave de los jeroglíficos de la vida humana quizá sabrá sacar mejor partido que yo de mi propia historia. ¡Ese es mi único deseo!

\* \* \*

Apenas tenía más de cinco años cuando un día, al atravesar la habitación de mi tía, vi sobre la mesa una especie de caja cubierta con un papel multicolor con dibujos dorados que representaban flores, caras y diversas figuras; todo ese despliegue de colores maravilló al niño que yo era y cautivó mi atención. Mi tía entró en la pieza.

– ¿Qué es? –le pregunté con impaciencia.

– Un juguete que te ha enviado nuestro doctor Bin; pero te lo daremos cuando seas juicioso.

Con esas palabras, mi tía empujó la caja contra la pared, de modo que ya sólo pude ver la tapa, sobre la que había colocada una magnífica bandera del más bello color amaranto.

(Debo informar a mis lectores que yo no tenía ni padre ni madre, y que estaba siendo educado en la casa de mi tío.)

Aquellas palabras de mi tía, tanto como la visión de la caja, encendieron mi imaginación de niño; un juguete, y lo que es más, ¡un juguete que me estaba destinado! Yo recorría vanamente la pieza mirando de reojo la fascinante caja –ora de un lado, ora del otro–; mi tía fue

inflexible. Después sonaron las nueve y me acostaron; pero no podía dormir. Cuando cerraba los ojos, veía la caja, con todas sus flores doradas y sus banderas; tenía la impresión de que se abría y que salían de allí maravillosos niños con ropas doradas haciéndome señales para que me acercara: y entonces me despertaba. A fin de cuentas, me fue absolutamente imposible quedarme dormido, a pesar de todas las exhortaciones de mi nodriza; y cuando amenazó con ir a buscar a mi tía, decidí arreglármelas de otra manera; mi joven imaginación se entregó a un rápido cálculo: si yo me dormía, quizá mi nodriza saliese de la pieza, pues mi tía se encontraba en ese momento en el salón; así, pues, me hice el dormido. Todo se desarrolló como había previsto. Mi nodriza salió de la habitación -yo salté prestamente de mi cama y me dirigí al gabinete de mi tía; acercar una silla de la mesa, subir a la misma, y apoderarme de aquella fascinante caja, todo eso fue cosa de un instante. Sólo entonces, a la débil luz de la lámpara, pude ver que en la caja había una redonda lente de cristal a través de la que se veía luz; después de echar una ojeada tras mis espaldas para cerciorarme de que mi tía no llegaba, acerqué la lente a mis ojos, y vi una perspectiva de estancias magníficas, ricamente amuebladas, a través de las cuales deambulaban, suntuosamente vestidas, personas que yo no conocía de nada; por todas partes destellaban las lámparas y los espejos, como si allí hubiese una fiesta; pero imagináos cuál no sería mi sorpresa cuando en una de las estancias más apartadas vi a mi tía. De pie cerca de ella, un hombre le besaba apasionadamente la mano mientras que ella lo abrazaba; sin embargo, aquel hombre no era mi tío -pues éste era bastante corpulento, moreno, y vestía de paisano-, mientras que aquel hombre era un apuesto oficial esbelto y rubio, con bigotes y espuelas. No pude admirarlas mucho tiempo. Fui arrancado de mi hechizo con un tirón de orejas; me volví: mi tía estaba ante mí.

- ¡Ah, tía! ¿Cómo puede estar aquí? Acabo de verla dentro de la lente...

- ¿Qué tonterías dices?

- ¡Se lo aseguro, tía! Y había un rubio oficial que le besaba la mano...

Mi tía se estremeció, se enojó, me reprendió y me llevó a mi habitación tironeándome de la oreja.

A la mañana siguiente, cuando iba a saludarla, la encontré sentada a la mesa; la misteriosa caja estaba ante ella, pero sin la tapa, y mi tía sacaba de la misma diversas imágenes recortadas en papel. De pronto me detuve, sin atreverme a hacer un gesto, pensando que iba a ser castigado por mi tontería de la víspera, pero para mi sorpresa, en vez de regañarme, mi tía me preguntó enseñándome las imágenes recortadas:

- Vamos, ¿dónde me has visto aquí dentro? Muéstramelo.

Examiné detenidamente las imágenes: había allí pastores, vacas, tiroleeses, turcos, también había damas elegantemente vestidas y oficiales, pero no puede encontrar entre ellos ni a mi tía ni al rubio oficial. Aquel examen sin embargo había satisfecho mi curiosidad; la caja había perdido para mí todo su encanto y otro juguete -mi caballo de madera con ruedas- no tardó en hacerme olvidar completamente.

Poco tiempo después, sorprendí una conversación entre las nodrizas hablando de la visita de un primo húsar. Y cuando me presenté a mi tío, lo encontré en compañía de mi tía y del rubio oficial, cada uno sentado en un sillón. Apenas éste había tenido tiempo para dirigirme algunas palabras amables cuando dije:

- Pero yo le conozco, señor.

- ¿Cómo que le conoces? -preguntó mi tío con sorpresa.

- Le he visto antes...

- ¿Dónde le viste? ¿Qué dices, Volodia? -dijo mi tía con una voz irritada.

- En la caja -respondí ingenuamente.

Mi tía se echó a reír.

- ¡Vio a un húsar en el cosmorama! -dijo ella.

Mi tío también se echó a reír. El doctor Bin entró en aquel momento. Le contaron la razón de aquella hilaridad general, pero él me dijo sonriendo:

- Es cierto, Volodia, es ahí donde le has visto.

Le cogí un gran afecto a Pavel (era el nombre de ese primo lejano de mi tía), y sobre todo por su uniforme de húsar, iba a verlo a cada momento, pues vivía con nosotros, en una pieza que daba al jardín; además, parecían gustarle mucho los juguetes: cuando se encontraba en el gabinete de mi tía, se pasaba el tiempo enviándome a mi habitación a buscar un juguete u otro.

Un día se produjo un acontecimiento que me sorprendió mucho; le enseñaba a Pavel un soberbio polichinela que acababan de regalarme y cuyos miembros ejecutaban sorprendentes piruetas; lo mantenía suspendido por el extremo de un cordel, mientras que Pavel cogía la mano de mi tía por detrás de la silla; mi tía lloraba. Creyendo que ella sentía pena por el polichinela, lo dejé en un rincón y, para distraerme, me encontré otro quehacer: cogí dos trozos de cera y un hilo; fijé un extremo del hilo a un batiente de la puerta, y el otro al batiente contrario. Mi tía y Pavel me miraban con asombro.

- ¿Qué haces, Volodia? -preguntó mi tía. ¿De quién has aprendido eso?

- Mi tío lo hizo esta mañana.

Mi tía y Pavel se estremecieron.

- ¿Y dónde lo hizo? -preguntó ella.

- En la puerta que da al jardín -respondí.

Mi tía y Pavel se miraron entonces con un aire muy extraño.

- ¿Dónde está tu caballo de ruedas? -me preguntó Pavel. Vete a buscarlo. Me gustaría dar un rodeo con él. Salí corriendo; pero algo me incitó a quedarme detrás de la puerta; vi entonces cómo mi tía y Pavel se apresuraban hacia la puerta del jardín que, no lo olvidéis, lle-

vaba al gabinete de mi tía; la examinaron atentamente, y Pavel salvó de una zancada el hilo que mi tío había tendido la misma mañana; tras lo cual, mi tía y él rieron durante un buen momento.

Ese día, ambos se mostraron hacia mí más tiernos de lo acostumbrado.

Esos fueron los dos acontecimientos más notables de mi infancia de los cuales guardo recuerdo. Lo demás no merece la atención de mis benévolos lectores. Poco después me enviaron con un pariente lejano que acabó por meterme en un pensionado. Allí, recibía desde Simbirsk cartas de mi tío, y las de mi tía me llegaban de Suiza, con –a veces– algunas palabras de Pavel. Al cabo de los años, aquellas cartas se hicieron cada vez más raras; después del pensionado, ingresé directamente en el ejército, donde recibí la noticia de que mi tío había muerto nombrándome su único heredero. Transcurrieron muchos años. Conocí los rigores de la vida militar, el hambre, el frío, el tedio y algunas esperanzas defraudadas, cuando acabé por solicitar un permiso para ir a Moscú con el estado de ánimo más byronesco posible, y con la firme intención de no dejar que se me escapase ni una sola mujer.

A pesar del tiempo transcurrido desde que había abandonado Moscú, experimenté, al penetrar en la casa de mi tío que desde ahora sería la mía, una extraña impresión. Hay que haber vivido una vida larga, muy larga y azacaneada, llena de pasiones y sueños, de amargas experiencias y meditaciones sin fin, para comprender la impresión que produce la vista de una vieja casa, donde cada pieza, cada silla, cada espejo nos recuerda momentos de nuestra infancia. Es un fenómeno difícil de explicar, pero es muy real, y todo el mundo ha pasado por esa experiencia. Quizá pensamos y sentimos más en nuestra infancia de lo que acostumbramos a suponer; lo que ocurre es que a esos pensamientos, a esos sentimientos, no somos capaces de ponerle palabras, por eso

los olvidamos. Tal vez los acontecimientos de nuestra vida interior permanecen ligados a los objetos que nos han rodeado cuando éramos niños, y que servían entonces de receptáculos a nuestros pensamientos, como más tarde las palabras en la vida corriente; y cuando volvemos a encontrar esos objetos después de largos años, el antiguo mundo olvidado de nuestra alma aún virgen resucita ante nosotros, esos testigos silenciosos nos cuentan entonces secretos de nuestra vida interior que, sin eso, se habrían –para nosotros– perdido para siempre.

Es así como un naturalista, de regreso de un largo viaje, se complace en pasar revista a las plantas y los raros minerales que acumuló antaño y en parte olvidó, y cada uno de ellos hace revivir todos los pensamientos que rondaban por su alma en medio de los peligros de su vida nómada. En cualquier caso, eso es lo que experimentaba al recorrer aquella perspectiva de piezas que me recordaban mi vida de niño; llegué finalmente al gabinete de mi tía...

Todo estaba igual que antes: la alfombra sobre la que jugaba; en un rincón, juguetes rotos; bajo el espejo, la chimenea donde aún ayer, me parecía, morían las brasas; en la mesa, en el mismo lugar, se encontraba el cosmorama, herrumbrado por el tiempo. Ordené que hiciesen fuego en la chimenea, y me senté en el sillón al cual antaño tanto me costaba subir. Al contemplar todo lo que me rodeaba, rememoré los acontecimientos de mi infancia. Los mismos desfilaban ante mí día tras día, como sombras chinescas. Llegué finalmente a los incidentes contados más arriba, entre Pavel y mi tía; su retrato estaba colgado sobre el diván; era una soberbia mujer muy morena, cuyo tinte mate, mejillas sonrosadas y ojos expresivos lo decían todo sobre su apasionado corazón; al otro lado se encontraba el retrato de mi tío, un hombre fuerte, corpulento, cuya mirada aparentemente cándida revelaba una sagacidad típicamente

rusa. Existía un abismo entre las expresiones de esos dos retratos. Al compararlos, comprendía todo lo que me había parecido incomprensible cuando yo era niño. Mi mirada cayó instintivamente sobre el cosmorama que desempeñaba un papel tan importante en mis recuerdos; intentaba comprender cómo pude haber visto, en aquellas imágenes, lo que realmente ocurrió, y antes de que eso se produjese. Mientras pensaba en ello, me acerqué al cosmorama, me hice con él, y, para mi inmensa sorpresa, pude ver en la polvorienta lente una luz que reavivó con más agudeza aún el recuerdo de la visión de mi infancia. No sin emoción, debo confesarlo, y sin tener plena conciencia de lo que hacía, acerqué mis ojos al mágico cristal. Un sudor frío perlaba mi frente cuando, en la larga galería del cosmorama, vi de nuevo la perspectiva de piezas que me había aparecido en mi infancia; eran los mismos ornamentos, las mismas columnas, los mismos cuadros, y esta vez, además, había una fiesta; pero los personajes eran diferentes: reconocí a muchos de mis amigos de entonces y para acabar, en la pieza más apartada –me vi a mí mismo; yo estaba de pie al lado de una mujer encantadora y le decía tiernas palabras que sólo me llegaban en un apagado susurro... Horrorizado, di un paso hacia atrás y, precipitándome fuera de la pieza, corrí hacia el otro extremo de la casa, llamé a un doméstico y le hice toda clase de preguntas sin pies ni cabeza, con el solo fin de estar en compañía de un ser vivo. Al cabo de una larga conversación, caí en la cuenta de que mi interlocutor comenzaba a dormitar; tuve piedad de él y dejé que se retirase; entretanto, amanecía; esa visión apaciguó la sangre que hervía en mis venas; me tumbé sobre el diván y me quedé dormido, pero con un sueño agitado; no dejaba de percibir en mi duermevela lo que había surgido en el cosmorama, y que ahora tenía el aspecto de un enorme edificio donde todo –las columnas, las paredes, los cuadros, las personas–, todo hablaba una

lengua que me era incomprendible, pero que hacía que me estremeciese de horror. Por la mañana, me despertaron anunciándome la visita de un viejo amigo de mi tío, el doctor Bin. Ordené que le hicieran pasar. Cuando entró en la pieza, me pareció que apenas había cambiado desde la última vez que lo vi, veinte años antes; lucía el mismo traje azul marino con botonadura dorada, la misma mata de blancos cabellos levantándose por encima de sus ojos grises y serenos, la misma expresión sonriente que tenía cuando me obligaba a tragar una cucharada de ruibarbo, el mismo bastón de empuñadura dorada que yo cabalgaba entonces como un corcel. Tras la evocación de muchos recuerdos, llevé sin pensarlo la conversación hacia el cosmorama que él me había regalado siendo yo niño.

- ¿Aún existe? -preguntó el doctor sonriendo-. Por entonces, era el primer cosmorama importado a Moscú; ahora, se encuentra en todas las tiendas de juguetes. ¡El progreso no se detiene! -añadió con un aire cándido.

Le llevé a ver su antiguo regalo; no sin cierta aprensión, debo confesarlo, franqueé el umbral del gabinete de mi tía; pero la presencia del doctor, y sobre todo su aire tranquilo y natural, me dieron valor.

- ¡Helo aquí, su maravilloso cosmorama! -le dije señalándoselo.

Pero no terminé: la luz que brillaba en la lente de cristal acaparaba toda mi atención.

En las sombrías profundidades del cosmorama, me veía claramente a mí mismo y cerca de mí, al doctor Bin; pero éste no era en absoluto el mismo doctor, aunque vistiese la misma ropa. Su mirada, que me parecía tan ingenua, expresaba una profunda aflicción; todo lo que era un poco trivial en la pieza adquiría en el cristal mágico un aspecto majestuoso; allí, en su fondo, él me cogía de la mano y me decía algo ininteligible, mientras yo le escuchaba con respeto.

- ¡Mire! ¡Mire! -le dije al doctor mostrándole el cristal-.  
¿Se ve usted ahí, conmigo?

Al decir esas palabras, puse la mano sobre la caja; de pronto, las palabras pronunciadas en esa extraña escena se me hicieron inteligibles, y cuando el doctor me cogió la muñeca para tomarme el pulso diciendo: "¿Qué le ocurre?", su doble me sonrió. "No lo creas -dijo él-, o más bien, no me creas tal como soy en tu mundo. Ahí, ni yo mismo sé lo que hago, pero aquí, comprendo los actos que llevo a cabo y que, en tu universo, parecen ser *impulsos irracionales*. Allí, te regalé un juguete sin saber por qué, pero aquí, mi intención era prevenir a tu tío, mi bienhechor, de la desgracia que amenazaba a toda vuestra familia. Me equivoqué en mis cálculos sobre el falaz conocimiento humano; siendo niño, entraste por azar en contacto con los signos encantados que una mano poderosa había trazado sobre el cristal mágico. A partir de ese instante, yo te transmití sin quererlo una facultad prodigiosa, a la vez benéfica y maléfica; después, se abrió una puerta en tu alma, que se abrirá siempre de improviso, a pesar tuyo, según leyes que incluso aquí me son incomprensibles. ¡Feliz infortunado! Tú, puedes verlo todo, todo, sin velo, sin esa bruma de estrellas que hasta para mí, aquí, sigue siendo impenetrable. Yo estoy obligado a transmitirte mis ideas por medio de engranajes de pequeños hechos de la vida corriente, por medio de símbolos, de secretos impulsos, de misteriosas alusiones que a menudo comprendo al revés, o no comprendo en absoluto. Pero no te alegres; si tú supieras cuánto me aflijo por este don fatal y este orgullo humano que me ciega; no sospechaba -¡insensato!- que la puerta mágica se había abierto en ti para lo mejor y lo peor, para tu dicha y tu pérdida... y, lo repito, ya no se volverá a cerrar en adelante. Cuídate, hijo mío, cuídame... Yo respondo al igual que tú de cada uno de tus actos, de cada uno de tus pensamientos, de cada uno de tus sentimientos.

¡Iniciado! Protégete de la ley fatal a la que está sometido el conocimiento de las estrellas. ¡No causes la pérdida de aquel que te ha iniciado!”

La visión comenzó a sollozar.

– ¿Usted lo oye? ¿Oye lo que acaba de decirme? –exclamé con horror.

El doctor Bin me miró con un asombro no exento de inquietud.

– Usted está indispuesto hoy –dijo. Este largo viaje... El hecho de volver a ver esta antigua casa, de hurgar en los recuerdos... Todo eso ha quebrantado sus nervios, venga, voy a prescribirle un remedio.

“¿Sabes lo que pienso allá, en tu mundo? –respondió el doble del doctor. Pienso sencillamente que has perdido la cabeza. Es terrible –aunque normal entre vosotros–, que aquel que habla la lengua de nuestro mundo parezca loco... Qué extraño y lamentable debo ser, pues, bajo esta apariencia, y no tengo fuerza para instruirme a mí mismo, para abrirme los ojos –tan burdos son mis sentimientos y tan prisionera está mi alma; ¡el rumor de las estrellas me impide verme y oírme! ¡Qué tormento! ¿Y quién sabe? Quizá en otro mundo, en un mundo superior, aún parezca más extraño, más lamentable. ¡Qué tristeza! ¡Qué tristeza!”

– Salgamos de aquí, mi querido Vladimir Petrovich –me dijo el verdadero doctor Bin–. Necesita un régimen, descanso, y además hace un poco de frío aquí; tengo la piel de gallina.

Retiré la mano del cristal; la visión desapareció, el doctor me llevó fuera de la pieza y yo le seguí ensimismado, como un niño.

Su remedio hizo efecto: a la mañana siguiente, yo estaba más tranquilo, y atribuí aquella visión a un desequilibrio nervioso. El doctor Bin acabó por adivinarlo, me conminó a destruir aquel extraño cosmorama que tanto había perturbado mi viva imaginación, ya fuese por causa de los recuerdos, ya por cualquier otra causa que

se me escapaba. Debo confesar que me sentí muy contento con aquella prescripción, fue como si me quitasen un peso de encima; me recuperé pronto y el doctor acabó por permitirme -y, e incluso me obligó a ello- salir, aconsejándome a la vez que intentase cambiar de entorno, que buscara distracciones de cualquier clase.

- ¡Es absolutamente indispensable para sus nervios!  
-me dijo.

Pensé entonces que aún no había visitado a mis amigos ni a mi familia. Después de pasar por muchas mansiones dejando casi todas mis tarjetas de visita, hice detener mi carruaje cerca del bulevar Petrovski, y descendí con la intención de ir a pie hasta el monasterio de la Natividad. No podía evitar detenerme a cada paso, evocando el pasado y admirando las calles de Moscú, tan pintorescas después de la uniformidad de los inmuebles petersburgueses alineados a cordel. Una callejuela del barrio de la Truba ascendía hasta el flanco de una colina en la que se apiñaban pequeñas casas construidas con desprecio de cualquier regla arquitectónica, lo que quizá les daba aún más encanto; su heteróclito aspecto me fascinaba cuando yo era niño, y, también en esta ocasión, aquel fantástico desorden me maravillaba. Los patios -apenas separados unos de otros-, estaban plantados de árboles entre los que había suspendidos algunos accesorios caseros; en lo alto de una casa de dos pisos con pequeñas ventanas y pintada de rojo, se erguía una enorme jaula verde con aspecto de palomar, que parecía aplastar todo el edificio. Veinte años antes, ese palomar era para mí objeto de admiración; yo conocía muy bien aquella casa; no había cambiado en absoluto, se contentaron con adosar una construcción más baja que -como hecho a propósito- pintaron de color amarillo; desde lo alto de la colina se podía ver el interior del patio; las gallinas iban de acá para allá con un aire digno, y mucha gente de la casa se agolpaba felizmente en torno a un vendedor de alajú. Ahora, yo con-

templaba esa casa con otros ojos, podía ver claramente lo que tenía de absurdo y ridículo y sin embargo, su vista despertaba en mi alma emociones que nunca suscitaron las relamidas casas de Petersburgo, que parecen dispuestas a pavonearse en la acera con los viandantes y que son, a imagen de sus habitantes, tan pulidas, aburridas y frías. Aquí, al contrario, todo llevaba la marca de una intimidad alegre y espontánea, se podía percibir que las personas vivían para sí mismas y no para los demás, y, sobre todo, que se habían instalado aquí no por un instante, sino para toda una vida. Sumido en estas reflexiones filosóficas, eché una mirada distraída sobre un portal, y pude leer el nombre de una de mis tías que en vano había estado buscando en la calle Mojovaia; me di prisa en franquear aquellas puertas que, según una antigua tradición moscovita, nunca se cerraban, y penetré en el vestíbulo también él abierto a todos los vientos, todavía según la tradición. Allí dormitaban algunos domésticos, pues era mediodía; pasando tranquilamente ante ellos, atravesé un comedor, una pequeña sala, un salón, y finalmente llegué a lo que denominan la "parra", donde encontré a mi tía ocupada en hacer un solitario a la sombra de engañosos árboles. Al verme lanzó un grito; pero cuando hice mi presentación, su sorpresa se transformó en alegría.

- ¡Vaya, al fin te acuerdas de mí, pequeño! -dijo ella-. ¡Hoy hace exactamente dos semanas que estás en Moscú, y no has encontrado manera de venir a visitarme!

- ¿Cómo sabe, tía, que yo estaba en Moscú?

- ¿Que cómo lo sé? Lo supe por los periódicos. ¡Es que nosotros somos gente distinguida! ¡Conseguimos nuestras noticias de los periódicos! Leo: "El teniente \*\*\* está en la ciudad". ¡Vaya, me dije, pero si es mi sobrino! Miro la fecha de su llegada: el 10, y hoy estamos a 24.

- Le aseguro, tía, que me fue imposible encontrar su dirección.

- ¡Si de verdad lo quisieras, me hubieses encontrado!  
¡En cualquier caso, podías haberme escrito al menos unas palabras de vez en cuando! Pues te tuve sobre mis rodillas cuando eras pequeño... ¡Oh!... No digo que con frecuencia, pero en ocasiones venías a felicitarme por Pascua.

No supe qué responderle, debo confesarlo, ni cómo explicarle educadamente que, al no volver a verla desde que yo tenía cinco años, apenas sí recordaba su nombre. Por suerte, ella cambió de tema.

- ¿Pero cómo has entrado? No te anunciaron. Es cierto que no hay nadie en el vestíbulo. Tengo ya sesenta años, pequeño mío, y aún no he conseguido que reine el orden en mi casa. ¡Sonia! ¡Sonia! Agita la campanilla. Nada más decir esas palabras, una muchacha de diecisiete años que lucía un blanco vestido entró en la pieza; no nos había dado tiempo ni a llamar...

- ¡Ah, pequeño mío! Tengo que presentaros: esta es tu prima, aunque lejana... La hija del príncipe Mislavski, tu tío, al que le gustaba vestir a la moda de Bretaña. Sonia, este es tu primo Vladimir Petrovich. Has oído hablar de él con frecuencia. Es un guapo muchacho, ¿no te parece?

Sonia se ruborizó, bajó sus hermosos ojos y susurró una frase amable. Yo le dirigí algunas palabras, y nos sentamos.

- A propósito, no es extraño que se te hiciera difícil encontrarme -prosiguió mi incansable tía-. Vendí mi antigua casa para comprar esta. Como ves, es muy original, pero no la compré por eso, sino porque está cerca del monasterio de la Natividad, donde reposan todos mis queridos muertos; hay que reconocer que es una casa bonita, muy confortable, aunque un poco extravagante: mira esta adorable parrá; cuando encienden una vela en el pasillo, aquí, ¡yo tengo la impresión de estar al claro de luna!

De hecho, al alzar la mirada, pude ver, toscamente recortada en la pared, una media luna en la que había empotrado un cristal de color verdegay.

- ¿Ves qué ingenioso? Durante el día, el pasillo está iluminado por el sol, y de noche, soy yo quien tiene luz aquí. ¿Te acuerdas de mi antigua casa?

- Por supuesto, tía -respondí, sonriendo maquinalmente.

- Y bien, ¡ahora quiero enseñarte mi nueva mansión!

Diciendo esas palabras, mi tía se levantó, seguida por Sonia. Nos hizo atravesar una perspectiva de piezas que parecían adosadas unas a otras de manera incoherente; sin embargo, un examen más atento permitía constatar que todo había sido concebido para el confort y la tranquilidad de la vida. Por todas partes, grandes ventanales luminosos, divanes, pequeñas puertas que parecían no estar en buen sitio, pero que, de hecho, facilitaban las relaciones entre los distintos habitantes de la casa. Para acabar, penetramos en la habitación de Sonia, que se distinguía de las demás estancias por una limpieza y un orden muy especiales: un clavicordio contra una de las paredes, sobre la mesa había un bouquet de flores y, al lado, una Biblia muy usada, y sobre una gran cómoda de estilo antiguo adornada con un bronce, pude ver algunos viejos libros cuyos títulos me hicieron sonreír.

-¡Y este es el santuario de Sonia! -dijo nuestra tía-. Como ves todo está en su sitio; tengo que decir que es una muchacha muy aseada; su único defecto es que no le gusta trabajar, sólo le gusta la lectura. Vamos, díselo tú, ¿acaso leer libros es ocupación para una joven? ¡Y además, en alemán! Fue educada por una institutriz alemana, comprendes.

Me disponía a defender a la encantadora muchacha que, completamente ruborizada, bajaba los ojos sin decir nada, pero mi tía me cortó la palabra:

- ¡Ah, no, no quieras dártelas de buen corazón!  
¡Sabemos que eres un petersburgués a la última moda!  
¡Las personas como tú no tienen ni un ápice de franqueza, y la pequeña podría muy bien creer que verdaderamente es una ocupación seria!

A partir de ese instante, consideré a Sonia con otros ojos: nada nos da a conocer mejor a una persona que el aspecto de la pieza donde pasa la mayor parte de su vida, y no sin razón los nuevos novelistas describen también minuciosamente los muebles de sus personajes; podemos a partir de ahora, con sobrada razón, deformar un poco el viejo dicho convirtiéndolo en: "Dime dónde vives, y te diré quién eres."

Mi tía tenía una manifiesta y loca pasión por la compra y disposición de las casas; me contó detalladamente cómo había dado con ésta, cómo la había comprado, cómo la había transformado, cuánto le habían costado los contratistas, los carpinteros, la madera, las vigas, los clavos. Yo le respondía con banalidades, al mismo tiempo que estudiaba como entendido a Sonia, siempre silenciosa. Hay que reconocer que ella era encantadora: cabellos sueltos sobre los hombros, a lo *La Vallière*, que podían, sin exageración poética, calificarse de castaños, ojos negros y brillantes, una pequeña nariz respingona, pies menudos y bellos... Pero todo eso se difuminaba ante la singular armonía que expresaba su rostro, una armonía imposible de describir con palabras... Aproveché un instante en que mi tía recobraba aliento para preguntarle a Sonia:

- ¿Le gusta leer?

- Sí, a veces...

- Me parece sin embargo que tiene muy pocos libros...

- El hombre no necesita gran cosa.

Me pareció divertido aplicar aquel dicho a los libros.

- Usted conoce el alemán. ¿Ha leído a Goethe? ¿A Schiller? ¿A Shakespeare en la traducción de Schlegel?

- No.

- Permítame que le preste esas obras.
  - Le quedaré muy reconocida.
  - ¡Ah, no, pequeño! -exclamó nuestra tía. ¡Dios sabe lo que vas a darle!
  - Oh, tía, puede estar segura...
  - ¡Te ruego que sólo le traigas libros adecuados!
  - ¡Ni que decir tiene!
  - ¡Es realmente prodigioso! Ya tengo sesenta años, y aún no he comprendido qué consuelo se puede encontrar en los libros. Un día, cuando era joven, pregunté cuál era el mejor libro del mundo. Me respondieron que *La Rusiada*, del senador Jeraskov. Intenté leerlo: amigos míos, me entró tal aburrimiento que no pude pasar de la página diez; y me dije: si el mejor libro del mundo es tan cargante, ¡cómo serán los demás! No sé si soy tonta o qué, pero después, ya no leí nada, aparte de los periódicos, y aun así, sólo la página de ecos de sociedad. No encontré nada que responder a aquella crítica literaria, sino que existen toda clase de libros, y toda clase de gustos. Mi tía volvió al salón; nosotros -Sofía y yo-, la seguimos sin apresurarnos, y, durante un instante, nos encontramos solos.
  - No os burléis de nuestra tía -me dijo Sofía, como si hubiese adivinado mis pensamientos-. Ella tiene razón: es muy difícil comprender los libros; a mi tutor, por ejemplo, le gustaba mucho la fábula de "La cigarra y la hormiga"; pero yo nunca pude comprender lo que tenía de bueno; él decía: "¡Qué lista, esta hormiga!" Pero a mí siempre me dio pena la pobre cigarra, y aquella hormiga sin corazón no me gustaba. Le pregunté entonces a mucha gente si no podría pedírsele al autor que transformase esa fábula, ¡pero todo el mundo acabó riéndose de mí!
  - Eso no es de extrañar, querida prima, pues el autor de esa fábula murió antes de la revolución francesa.
  - ¿La revolución francesa? ¿Qué es eso?
- Sonreí a mi pesar ante tan encantadora ignorancia, e

intenté en pocas palabras darle a mi interlocutora una idea de aquel terrible acontecimiento.

Sofía se turbó visiblemente, tenía lágrimas en los ojos.

- ¡Me lo esperaba! -dijo tras un instante de silencio.

- ¿Qué se esperaba?

- Lo que usted llama la revolución francesa necesariamente tiene que proceder de la fábula de "La cigarra y la hormiga".

Me eché a reír. Mi tía vino a poner su grano de sal.

- ¿Qué ocurre aquí? ¿Ves cómo se ha soltado contigo? ¡Y decir que conmigo ni abre la boca! ¿Qué cosas le cuentas?

- Mi prima y yo hablábamos de la revolución francesa.

- Ah, sí, me acuerdo; fue cuando subieron el café y el azúcar...

- Sí, fue aproximadamente por entonces, tía...

- Fue también la época en que dejamos de empolverarnos; yo vivía entonces en Petersburgo; llegaron los franceses -eran divertidos, ¡parecía que salían de los baños! Ahora, nos hemos acostumbrado un poco... ¡Ah, qué época aquella, pequeño!

Mi tía aún habló largo tiempo de aquella época confundiendo los años; contaba que no podía encontrarse ni clavo ni canela; que para hacer la ensalada se sustituía el aceite de Provenza por la leche fresca, y así lo demás. Acabé por despedirme de mi tía, no sin prometerle solemnemente que vendría a verla lo más a menudo posible. Esta vez, era sincero: Sonia me había causado una viva impresión.

Al día siguiente, los libros estaban allí, y yo con ellos; el tercer día, el cuarto -lo mismo.

- ¿Le han gustado mis libros? -le pregunté un día a Sofía.

- Tendrá que disculparme, pero me permití subrayar los pasajes que me gustaron...

- ¡Al contrario, eso me encanta! ¡Me gustaría mucho ver sus anotaciones!

Sofia me trajo los libros. En Shakespeare había subrayado la frase: "Hay más cosas en el mundo, Horacio, que las que sueña nuestra filosofía". En el *Fausto* de Goethe, sólo subrayó la breve escena en donde Fausto galopa en compañía de Mefistófeles por una llanura desierta.

- ¿Qué es lo que especialmente le ha gustado de esta escena?

- ¿No ve -respondió Sofia con candor-, que Mefistófeles se apresura? Urge a Fausto, le dice que se entreguen allí a la brujería; ¿pero que Mefistófeles muy bien puede temer a las brujas?

- A decir verdad, ¡nunca comprendí esa escena!

- ¿Cómo es posible? ¡Es la más comprensible, la más luminosa! ¿No ve, pues, que Mefistófeles engaña a Fausto? Tiene miedo -porque no se trata ahí de brujería, sino de otra cosa... ¡Ah, si al menos Fausto se hubiese detenido!

- ¿Dónde ve usted todo eso? -pregunté con sorpresa.

- Yo... Yo le aseguro... -dijo con un aire extraño.

Sonreí. Ella se turbó.

- Quizá me equivoco -añadió bajando los ojos.

- ¿Y no le aportó algo más la lectura de mis libros ?

- Oh, sí, aún muchas cosas, pero sus libros, quisiera, ¿cómo decirlo?, "pasarlos al tamiz" ...

- ¿Por qué?

- ¡Sí! Para que ya sólo perdure lo que se posa en el fondo del corazón.

- Dígame, ¿qué clase de libros le gustan?

- Me gustan los que nos alientan a compadecer a las personas, a ayudarlas, y después -morir.

- ¿Morir? ¿Sabe qué, prima? ¿No se molestará si le hablo francamente?

- ¡Oh, no! Me gusta que me digan la verdad.

- Usted es una persona extraña; tiene una manera muy especial de ver las cosas. Quizá recuerde cuando el otro día, ante una de mis bromas, usted me dijo: "No bromeé así, no malgaste las palabras, ni una sola de nues-

tras palabras se pierde; nosotros mismos ignoramos a veces lo que dicen." Después, cuando le señalé que sus ropas no estaban de moda, me respondió: "¿Qué importa? Apenas nos habremos cambiado una miles de veces, cuando todo ha acabado. Nos despojarán de estas ropas como de lo demás, y nos preguntarán únicamente qué es lo que de bueno dejamos tras nosotros, y no cómo estábamos vestidos." Admitirá que tales discursos son muy extraños, sobre todo en boca de una joven. ¿De dónde saca ideas semejantes?

- No sé -respondió Sofia, a la defensiva-. A veces, algo habla en mi interior, yo escucho y lo repito sin pensar. Con frecuencia, ni yo misma comprendo lo que digo.

- Eso no está bien. Hay que pensar siempre en lo que se dice, y decir sólo lo que se comprende claramente...

- Eso es lo que mi tía me repite igualmente; pero no sé cómo explicarlo, cuando "eso" habla en mí, olvido que primero hay que pensar, y entonces hablo, o bien me callo; es por lo que a menudo soy tan silenciosa, para no hacerme regañar por mi tía; pero con usted, tengo más necesidad de hablar... No sé por qué, pero usted me da lástima...

- ¿En qué le parezco yo digno de lástima?

- ¡Ah, vaya! Ni yo misma lo sé; pero cuando le miro, experimento por usted una lástima tal, una lástima tal que no puedo expresarla. Todo el tiempo tengo ganas de... ¿Cómo decirlo? De consolarle, y le hablo, le hablo sin saber yo misma lo que digo...

A pesar del exquisito encanto de una confesión tan pura y cándida, estimé que debía perseverar en mi papel de moralista.

- Escuche, prima, no puedo más que agradecerle ese sentimiento generoso que experimenta hacia mí; pero créame, está en un estado de ánimo que puede resultar muy peligroso.

- ¿Peligroso? ¿Por qué?

- Tiene que intentar distraerse, no escuchar eso que, como dice, habla en usted...

- ¡No puedo, se lo aseguro, es imposible! Cuando la voz comienza a hablar en mí, no puedo decir más que lo que ella quiere...

- ¿Sabe que tiene inclinación al misticismo? Eso no conduce a nada bueno.

-¿Al misticismo? ¿Qué es eso?

Aquella pregunta me demostró hasta qué punto yo me extraviaba. No pude reprimir una sonrisa.

- Dígame, ¿quién se encargó de su educación?

Cuando vivía con mi tutor, tenía una institutriz alemana, la buena Luiza. Después murió...

- ¿Y nadie más?

- Nadie más.

- ¿Qué le enseñó ella entonces?

- A cocinar, a bordar, a tricotar camisas, a visitar a los enfermos...

- ¿No leía nada con ella?

- ¡Por supuesto que sí! Vocabularios alemanes, una gramática... ¡Ah, lo olvidaba! Los últimos tiempos, leíamos un libro...

- ¿Cuál?

- No sé, espere, voy a mostrarle un pasaje. Antes de dejarnos, Luiza lo copió en mi álbum; quizá pueda reconocer el libro del que se ha sacado.

Leí entonces en el álbum de Sofia un cuento que, extrañamente, quedó para siempre grabado en mi memoria. Helo aquí:

“Dos hombres habían nacido en una gruta profunda, donde los rayos del sol no penetraban jamás; sólo podían salir de aquella gruta avanzando por una escalera muy estrecha y empinada; para reemplazar la luz del día, vivían a la luz de las velas. Uno de aquellos hombres era pobre, carecía de todo, dormía a ras del suelo y apenas tenía qué comer. El otro era rico y dormía en un lecho mullido, tenía domésticos y una mesa suntuosa.

Ninguno de ellos había visto jamás el sol, pero cada uno tenía su idea sobre él. El pobre imaginaba que el sol era un personaje ilustre y noble que se mostraba caritativo con todo el mundo, y no dejaba de preguntarse cómo llegar hasta ese gran señor; estaba firmemente convencido de que el sol se conmoviera ante su triste suerte y vendría en su ayuda. A todos aquellos que pasaban por la gruta les preguntaba cómo hacer para ver el sol y respirar el aire puro –una felicidad que tampoco conoció nunca; le respondían que para eso tenía que subir la estrecha y empinada escalera. El rico, en cambio, hacía preguntas más precisas; sabía que el sol era un enorme planeta que calentaba e iluminaba; que al salir de la gruta, vería infinidad de cosas de las que no tenía la menor idea; pero cuando le decían que para eso tenía que subir la empinada escalera, el rico se decía que sería un esfuerzo inútil, que se cansaría, que podría resbalar, caer y romperse la cabeza; que era más razonable olvidarse del sol, toda vez que había en la gruta una chimenea para calentarse y una vela para alumbrarse; además, a medida que recogía y anotaba cuidadosamente todos los relatos que oía, no tardó en convencerse que eran muy exagerados, y que él tenía una idea del sol mucho más justa que aquellos que lo veían. El primero, a pesar de las dificultades, no ahorró esfuerzos y salió de la gruta; cuando respiró el aire puro, cuando vio la belleza del cielo, cuando sintió el calor del sol, olvidó la idea que antes se hacía de él, olvidó el frío y la miseria pasadas y, cayendo de rodillas, se contentó con dar gracias a Dios por una felicidad de la que no había tenido noción hasta aquel momento. En cuanto al otro, se quedó en la fétida gruta, a la pálida luz de su vela, y además, se burlaba de su antiguo compañero.”

– Creo que es el apólogo de Krummakher –le dije a Sofia.

– No sé –respondió ella.

- No está mal, un poco incoherente, como con frecuencia ocurre con los alemanes; pero observe, hay ahí algo de lo que yo le decía hace un instante, es decir que el hombre debe afanarse, comparar y pensar...

- Y tener fe -añadió Sofia, bajando la mirada.

- Sí, por supuesto, ¡y tener fe! -respondí con la condescendencia de un hombre del siglo XIX.

Sofia me miró con atención.

- Tengo otras citas en mi álbum; mire, hay aquí ideas magníficas, muy, muy profundas.

Hojeé algunas páginas; el álbum contenía breves frases visiblemente sacadas de un almanaque cualquiera, como por ejemplo: "Un corazón puro es la mayor de las riquezas". "Haz todo el bien que puedas y no esperes nada a cambio, eso no es cosa tuya". "Si estamos atentos, veremos que antes o después, las malas acciones son siempre castigadas". "El hombre busca la felicidad fuera de sí mismo, cuando la misma se encuentra en su propio corazón." y así lo demás. Mi querida prima leía aquellas frases con la mayor seriedad, y se detenía en cada palabra con una singular expresión. Resultaba extrañamente divertida, encantadora...

Tales eran nuestras conversaciones; a decir verdad, eran raras, tanto porque la presencia de mi tía lo obstaculizaba, como porque mi prima misma no siempre estaba locuaz. Su ignorancia a propósito de todo lo que escapaba a su pequeño universo y sus juicios increíblemente pueriles me divertían y causaban cierta lástima; sin embargo, jamás mi alma había conocido una paz así; había en sus raras palabras, en sus acciones, en sus gestos, tal silencio y dulzura, tal piedad que el aire que ella respiraba parecía tener la facultad de calmar todas mis tumultuosas pasiones, de disipar todas las negras ideas que ensombrecían a veces mi corazón; a menudo, cuando mi alma súbitamente asolada por los tormentos de la duda era abrumada por las contradicciones y las angustiosas preguntas que engendra la presunción razonado-

ra de nuestro siglo, y cuando me sentía presa de horror ante las conclusiones derivadas de la inmisericorde lógica de la vida, bastaba una sola mirada, una sola pregunta cándida de aquella inocente muchacha para devolverle a mi alma su pureza primera; yo olvidaba entonces todos los orgullosos pensamientos que turbaban mi espíritu, y la vida me parecía clara, luminosa, colmada de silencio y armonía.

Al principio, mi tía pareció muy contenta con mis frecuentes visitas, pero acabó por hacerme comprender que adivinaba por qué yo iba tan a menudo; sus ingenuas alusiones, que se querían muy delicadas, me obligaron a volver a mis pensamientos y sondear las profundidades de mi alma. ¿Cuáles eran mis sentimientos por Sofia? ¿Era aquello amor? No, el amor no había tenido tiempo de enraizar ¿además en qué estaría fundamentado? Con su candor, sus rarezas de jovencita y sus máximas sacadas de algún libro de proverbios, Sofia podía divertirme, pero nada más; era demasiado pueril, demasiado niña; su alma joven e inocente era incapaz de pasión; su mayor inquietud era mi tía, después venían los cuidados de la casa y, finalmente, en último lugar, yo; no era un ser como ella el que podía fascinar la imaginación de un joven aún desbordante de fuerzas, pero ya imbuido de experiencia... Ya había superado la edad en que cualquier bello rostro puede hacernos perder la cabeza; yo buscaba en una mujer una amiga que compartiese no sólo mis sentimientos, sino también mis pensamientos; Sofia no era capaz de comprender ni los unos ni los otros; hacer continuamente de moralista quizá resultase halagador para el amor propio, pero muy aburrido. No quería suscitar en la gente chismes que hubiesen podido perjudicar a aquella inocente niña; como yo no tenía ninguna intención de poner fin a aquello de la forma habitual, es decir, con el matrimonio, acabé entonces por espaciar mis visitas a casa de mi tía; además, en adelante me fal-

taría tiempo: acababa de encontrarme otra ocupación. Un buen día, en un baile, conocí a una mujer que me impresionó. Tenía la sensación de haberla visto antes en alguna parte; su rostro me era tan familiar que a punto estuve de saludarla. Me informé de su nombre. Era la condesa Eliza B... Aquel nombre me era totalmente desconocido. Pronto supe que había vivido en Odesa desde su más tierna infancia, y que no podía figurar, pues, entre mis conocidos.

Me di cuenta que la condesa, igualmente, me consideraba con un asombro no menor; cuando nos hicimos más íntimos, me confesó que desde la primera mirada, mi rostro le había parecido también familiar. Esa extraña coincidencia fue, bien entendido, objeto de conversaciones y suposiciones diversas; nos empujó a nuestro pesar hacia esa metafísica del corazón que puede resultar tan peligrosa con una bella mujer... Esta extraña metafísica, constituida de paradojas, de anécdotas, ingeniosidades y ensoñaciones filosóficas, se emparenta con la metafísica en un sentido ordinario cuando ésta nos separa del mundo y aísla en un universo singular, no solo, sino en compañía de un seductor personaje; uno suelta toda clase de tonterías, y alguien asegura comprenderos; entonces el orgullo cede de una y otra parte, pues el orgullo es la copa en la que se derraman todos los pecados humanos; brilla y tintinea, sus magníficas cinceladuras fascinan la mirada, e insensiblemente, nuestros labios se acercan al brebaje encantador.

La condesa y yo compartíamos esa copa fatal; se enamoró de mí, con toda la fantasía de su espíritu, toda su belleza, todo el ardor de su alma y su corazón. Yo me enamoré de ella con toda la fogosidad de mi naturaleza, con toda la audacia de mi pensamiento alimentado por innumerables lecturas, llevado por la embriaguez de mis éxitos mundanos...

En una palabra, apenas conocíamos nuestros nombres y situaciones respectivas cuando ya no podíamos pasar el uno sin el otro.

Es verdad que todavía éramos inocentes en todos los sentidos del término; la palabra “amor” aún no había sido pronunciada entre nosotros. Para un espíritu fuerte del siglo XIX, es una palabra ridícula; hace mucho tiempo que fue descortezada, desmantelada, cada trozo fue juzgado, pesado y arrojado por la borda, como una noción que atentase contra nuestro confort moral; pero yo hablaba con la condesa entre la gente; pasaba mis veladas con ella; su mano permanecía mucho tiempo, demasiado tiempo entre la mía en el momento de las despedidas; y el día en que, con palidecido semblante, me dijo sonriendo: “Mi marido regresará uno de estos días. Estoy segura que usted se entenderá con él”, yo, un hombre que había conocido todas las vicisitudes de la existencia, no supe qué responderle, ni siquiera fui capaz de inventar una banalidad cualquiera; tal un amante romántico, solté su mano, salí corriendo y salté a una calesa...

¡Hasta ese preciso instante, a ninguno de los dos se nos había ocurrido pensar que la condesa tuviese un esposo!

Ahora, la situación era diferente; me encontraba en el estado de ánimo de un hombre al que súbitamente arrojaron fuera de un círculo encantado, donde sus ojos sólo veían fatamorganas que le hacían olvidar la vida real... Y se ruborizó de despecho preguntándose cómo había podido caer bajo el encanto. Estaba a partir de entonces ante una alternativa: o bien debía acoger aquella noticia con indiferencia y, seguro de los derechos que me concedía la vida mundana, prolongar aquella relación platónica con la condesa; o bien podía hacer el Quijote y, con desprecio de las circunstancias, las conveniencias y todas las comodidades de la vida, hacer valer mis derechos de amante desesperado. Por primera vez en mi

vida, estaba ante un dilema; apenas dormí aquella noche, tanto a causa de la ansiedad que agitaba mi corazón como del despecho que me originaban aquellos arrebatos; ¡yo que estaba tan seguro de no caer en semejante infantilismo! En una palabra, estaba dividido entre distintos sentimientos contradictorios que se enfrentaban con violencia, y de los que ninguno lograba imponerse.

Por la mañana temprano, me trajeron un pliego de la condesa; consistía en algunas palabras: “En nombre del cielo, venga hoy a mi casa, hoy mismo; tengo absoluta necesidad de verle.”

Las palabras “hoy” y “necesidad” estaban subrayadas. Nos comprendimos; durante aquella entrevista, franqueamos rápidamente el paso que hasta entonces nos había impedido confesarnos el secreto que nos ocultábamos a nosotros mismos. El primer acto de aquella comedia, generalmente tan banal y amena, ya se había interpretado; quedaba la catástrofe y el desenlace.

Estuvimos mucho tiempo sin poder pronunciar una palabra, nos mirábamos en silencio, cada cual dejando inmisericorde al otro el privilegio de entablar la conversación.

Finalmente, siendo mujer y por ende más generosa, me dijo con una voz tranquila, pero firme:

– Le he hecho venir para decirle adiós... Nuestra amistad debe acabar –por nosotros, creo –añadió tras un instante de silencio–. Y no por la gente... usted me comprende... ¡Nuestra amistad! –repitió con una voz desgarrada, y, sollozando, se desplomó sobre el sillón.

Me acerqué a ella y le cogí la mano... Ese gesto la hizo volver en sí.

– ¡Deténgase! –dijo–. Estoy segura de que no quiere aprovecharse de un instante de debilidad... Estoy segura de que si tuviese una flaqueza, usted sería el primero en recordarme mis deberes... ¡Pero yo no olvido que soy esposa y madre!

Su rostro irradiaba con una indecible nobleza...

Yo estaba de pie ante ella, inmóvil, desgarrado por un sufrimiento como mi corazón jamás había sentido; noté que la sangre me hervía en las venas, mis sienas palpitaban, mi corazón latía agitado y bordoneaba en mis oídos... Recurrí a toda la fuerza de mi razón, a toda la experiencia que me habían proporcionado los fríos cálculos de una larga vida... Pero mi cabeza no hacía más que evocar confusamente los negros sofismas del crimen, pensamientos de cólera y sangre cubrían con un velo escarlata todo lo demás –sentimientos, reflexiones, esperanzas... En aquel instante, bajo las apariencias de un europeo cultivado, refinado y circunspecto, se desataba un salvaje inflamado por una excitación bestial. Ignoro como se hubiesen desarrollado las cosas si la puerta no se hubiera abierto repentinamente; un doméstico trajo una carta para la condesa.

- De parte del conde, urgente.

Inquieta, rasgó el sobre y leyó las pocas líneas. Sus manos temblaron y ella palideció.

El hombre salió. La condesa me tendió la carta. Era de un desconocido, que la informaba que su esposo había caído gravemente enfermo en el camino de Moscú, que había tenido que detenerse en un albergue, que no estaba capacitado para escribir él mismo, y que quería verla.

Le eché una ojeada; un pensamiento aún confuso nació en mí, pensamiento que se reflejó en mi mirada... Ella comprendió aquel pensamiento, se cubrió los ojos con la mano, como para no verlo, y se abalanzó sobre la campanilla.

- ¡Los caballos! –le dijo con voz firme al doméstico-. Y vaya a buscar al doctor Bin.

- ¿Se marcha?

- Al instante.

- Voy con usted.

- ¡Es imposible!

Todo el mundo sabe que desde hace tiempo tengo la intención de ir a mi propiedad de Tver.

- Entonces, salga un día después que yo.

- Entendido... Pero el destino me llevará al mismo albergue que usted, y, además, conozco al doctor Bin desde mi infancia.

- Nos veremos -dijo la condesa-. ¡Ahora, adiós!

Nos separamos.

Volví a mi casa a toda prisa, arreglé mis asuntos, calculé a qué hora debía ponerme en camino para hacer alto en aquel albergue, y ordené a mis gentes que dijese que yo había partido al campo hacía ya cuatro días. Era plausible, toda vez que no me habían visto mucho en sociedad estos últimos tiempos. Treinta horas más tarde, estaba en el camino principal y pronto, mi calesa se detenía ante las puertas del albergue donde iba a decidirse mi destino.

Aún no había cruzado el umbral cuando adiviné, por la turbación que allí reinaba, que todo había acabado.

- ¡El conde ha muerto! -respondieron a mis preguntas. Aquellas palabras desencadenaron en mí una felicidad salvaje.

En tales circunstancias, presentarse ante la condesa para ofrecerle su ayuda sería lo menos que cualquier desconocido hubiese hecho -y con mayor razón un amigo. Yo esperaba por supuesto sacar partido de aquella obligación.

En el umbral, me encontré con Bin, que se echó a mi cuello.

- ¿Qué ocurre aquí? -pregunté.

- ¿Qué quieres? -dijo con su cándida sonrisa-. Una fiebre neurítica. No se curó, quería llegar a Moscú... Pero no se puede bromear con eso, esta fiebre ¡no perdona! Cuando llegué, ya era demasiado tarde; por más que se haga, no se le devuelve la vida a un muerto...

Estreché al doctor entre mis brazos -no sé por qué, por sus últimas palabras, sin duda. Por suerte, mi viejo

amigo Ivan Ivanovich no se molestó en buscar la razón de una ternura tan insólita.

- ¡Pobre mujer! ¡Cómo la compadezco! -prosiguió.

- ¿A quién? -dije, estremeciéndome con todo mi cuerpo.

- ¡A la condesa!

- ¿Está aquí? -dije hipócritamente-. Y me apresuré a añadir: ¿Qué le ocurre?

- Hace tres días que ni come ni duerme.

- ¿Puedo verla?

- No, ahora se ha dormido, gracias a Dios. A ver si descansa un poco antes del levantamiento del cuerpo... Sabes, el posadero quiere que se lo lleven lo antes posible a la iglesia, a causa de los clientes.

No tenía nada que hacer. Disimulando mi nerviosismo, pedí una habitación, después asistí a Ivan Ivanovich en todas las gestiones necesarias. El buen hombre no ahorra elogios sobre mi persona.

- ¡Qué bueno eres! -decía-. Cualquier otro se hubiese marchado a la chita callando; qué suerte que estés aquí, sin ti, ¡no sé cómo saldría de ésta! Debo confesar que nosotros, los médicos, solemos enviar a la gente al otro mundo -añadió sonriendo-. Pero hasta ahora ¡jamás había tenido ocasión de enterrar a alguien!

El levantamiento del cuerpo tuvo lugar por la noche. La condesa pareció no verme y debo decir que tampoco yo, en aquel momento, estaba en condiciones de hablarle. La vista del muerto despertaba en mí extrañas emociones: ya no era joven, pero su rostro aún conservaba cierta tersura; aquella breve enfermedad no había tenido tiempo de alterar sus rasgos. Lo observé con una compasión sincera, pero no pude reprimir un movimiento de orgullo cuando mi mirada cayó sobre la magnífica herencia que me había dejado; a mis conmovidos pensamientos acudieron a mezclarse estas diabólicas e históricas palabras: "¡El cadáver de un enemigo siempre huele bien!" No conseguía olvidar esa frase monstruo-

sa y estúpida; sonaba sin cesar en mis oídos. El servicio religioso llegó a su fin y abandonamos la iglesia. La condesa, como si hubiera adivinado mis intenciones, envió a un doméstico a decirme que me daba las gracias por participar de su pena, y que estaría dispuesta a recibirme al día siguiente. Yo me incliné.

Las emociones que me sacudían desde días atrás me impidieron pegar ojo hasta el amanecer. Me hundí entonces por algunas horas en un sueño agitado lleno de visiones absurdas; cuando desperté, me informaron que la condesa ya había vuelto de la iglesia; me vestí de prisa y me encaminé a su casa.

Me recibió. No pretendió hacer comedia ni fingir desesperación, pero su rostro estaba marcado por una serena tristeza. No insistiré en el hecho de que el desorden de sus cabellos y su negro vestido la hacían aún más seductora.

Durante un largo momento, fuimos incapaces de decirnos otra cosa que banalidades, pero nuestros sentimientos acabaron por desbordarse, y, lejos de dominarnos más, caímos uno en brazos del otro. Aquel fue nuestro primer beso –un beso amistoso, fraternal.

Pronto recobramos nuestra calma. Me dio a conocer sus proyectos de futuro: en dos días, después de rendirle al difunto los últimos deberes, ella regresaría a Moscú, de donde partiría con sus hijos para su casa de campo en Ucrania. Le dije que yo también tenía una pequeña propiedad en Ucrania, y descubrimos que casi éramos vecinos. No podía creer en mi dicha; veía cumplirse el más bello sueño de mi juventud: estar solo, bajo un clima delicioso, con una mujer maravillosa e inteligente, tener ante mí una larga perspectiva de días felices, colmados de amor vivificante y paz.

Transcurrieron dos días así; nos veíamos casi a cada instante, y nuestra dicha eran tan completa, nos costaba tanto reprimir las palabras de esperanza y felicidad que brotaban de nuestra alma, que incluso Ivan Ivanovich

empezó a considerarnos con una sonrisa un tanto maliciosa; cuando estábamos solos, me aconsejaba que no dejase escapar a aquella joven viuda, y más aún cuando ella había sido muy desgraciada con el difunto, que era un hombre caprichoso, sensual y vengativo. Era la primera vez que oía mencionar esos detalles, y en los mismos encontré la clave de ciertas palabras, de ciertas reacciones de la condesa. A pesar de lo extraño de nuestra situación, esos dos días sólo podían acercarnos aún más que los meses precedentes. ¿Qué temas no abordaremos en veinticuatro horas?

Poco a poco, el carácter de la condesa se revelaba a mí en toda su plenitud, su alma ardiente dejaba ver todo su brillo; tuvimos tiempo para confiarnos nuestros pequeños secretos; yo le hablé de mi desesperación romántica, ella me confesó que durante nuestra última entrevista, tuvo que hacer acopio de sus últimas fuerzas para disimular y que estaba dispuesta a caer en mis brazos cuando le entregaron la carta fatal; nos permitimos incluso de vez en cuando algunos momentos de risa. Yo estaba totalmente bajo el encanto de Eliza, y creo que ella era, también, víctima del mismo hechizo; su ardiente mirada se posaba a veces en mí con un amor indecible, y bajaba los ojos, turbada; yo sólo llevé la audacia hasta el extremo de cogerle la mano. ¡Cómo me exasperaban las conveniencias mundanas que, ahora, no me permitían consolar a mi amor de sus pasados sufrimientos! Debo confesar que esperaba ya con impaciencia el momento en que “el polvo retornará al polvo”, pues el plazo fijado por la ley me sacaba de quicio.

Finalmente, amaneció el tercer día. Nunca mi sueño había sido tan tranquilo; fui visitado por deliciosas visiones: jardines que se extendían hasta el infinito, inundados por los cálidos rayos del sol; entre la umbridad de los bosques, en los arcoiris multicolor, en todas partes, yo veía el encantador rostro de mi Eliza, se me aparecía bajo el aspecto de numerosas siluetas diáfanas,

y todas me sonreían, me tendían los brazos, acariciaban mis mejillas con sus bucles perfumados y se desplegaban en nubes por el cielo... Pero súbitamente, todo desapareció, oí un horrible resquebrajamiento, los jardines se transformaron en una desnuda roca sobre la que aparecieron la muerte, y el doctor tal como lo había visto en el cosmorama; pero tenía un aire sombrío y severo, en tanto que la muerte reía a carcajadas y me amenazaba con su sudario. Me desperté cubierto de un sudor frío. En ese momento, llamaron a la puerta.

- ¡La condesa desea verle inmediatamente! -me dijo un doméstico bajo el dintel.

Salté de mi lecho; terribles ecos de trueno estremecían la pieza oscura iluminada por la sola luz de los relámpagos; ráfagas de viento levantaban torbellinos de polvo que se abatían con gran estrépito contra los ventanales. Pero no tenía la cabeza para ocuparme de la tormenta; me vestí raudo y me apresuré junto a Eliza. ¡No, jamás olvidaré la expresión de su rostro! Pálida como la muerte, sus manos temblaban y tenía la mirada ofuscada. El momento no estaba para cortesías; ¡olvidemos las mundanidades y conveniencias!

- ¿Qué te ocurre, Eliza?

- ¡Nada! ¡Es ridículo, son tonterías! ¡Un sueño absurdo! Al oír aquellas palabras, me recorrió un frío estremecimiento.

- ¿Un sueño? -repetí con estupefacción.

- ¡Sí, un sueño horrible! ¡Escucha! -dijo, sobresaltándose a cada eco del trueno-. Me quedé dormida tranquilamente... Pensando en nuestros proyectos de futuro, en ti, en nuestra dicha... Las primeras imágenes sólo eran la prolongación de mis ensoñaciones... Cuando súbitamente, mi difunto marido apareció ante mí -¡no, no era un sueño! ¡Era él, fue a él a quien vi! Reconocí sus labios fruncidos, su familiar sonrisa, y el pliegue de sus demoníacas cejas negras que anunciaban en él un acceso de rabia irracional e inmisericorde... Fue espantoso,

Vladimir, espantoso! Vi esa mirada implacable, esos ojos acerados que, en los momentos de cólera, se le inyectaban en sangre... De nuevo oí esa voz que la rabia transformaba en un silbido salvaje, y que creí que ya no volvería a oír jamás... Me decía: "¡Lo sé todo, Eliza! ¡Lo veo todo! Aquí, no se me puede ocultar nada; estás muy contenta de que yo haya muerto; ya estás dispuesta a casarte con otro... Mi tierna y fiel esposa... ¡Insensata! Creíste encontrar la dicha -y no sabes que tu pérdida, la pérdida de nuestros hijos está ligada a tu amor criminal... ¡Pero eso no se llevará a cabo! ¡No! La vida de las estrellas todavía es fuerte en mí -mi alma terrestre aún no quiere abandonar ese mundo... Me lo explicaron todo, aquí: sólo volviendo a la tierra podré salvar a mis hijos, sólo en la tierra podré vengarme de ti, y heme aquí, ¡regreso, regreso a tus brazos, mi fiel esposa! He pagado este retorno a un precio terrible, a un precio que ni siquiera puedes imaginar... Y conmigo, es todo el infierno quien va a precipitarse sobre tu cabeza criminal -¡preparate para acogerme! Pero escúchame bien: en la tierra, habré olvidado todo lo que he sabido aquí; ocúltame tus sentimientos, ocúltalos, si no... ¡Malhadada tú, y malhadado yo!" Después, rozó mi rostro con sus azules y fríos dedos, y me desperté. ¡Qué horror, qué horror! Aún siento sus dedos sobre mi mejilla...

Eliza apenas podía hablar; su lengua ya no le obedecía, era presa del delirio; se apretaba convulsivamente contra mí, tapándose los ojos como para escapar a aquella amenazadora visión. Turbado a mi pesar, me esforcé en tranquilizarla con nimiedades sobre su estado nervioso, sobre los efectos de la tormenta en su organismo, sobre los ojos de su imaginación, pero yo mismo me daba cuenta qué vanas eran, ante la pavorosa realidad, todas esas palabras inventadas en los momentos tranquilos y despreocupados de un falaz conocimiento humano. Yo aún hablaba, e intentaba recordar todos los ejemplos similares encontrados en los libros de medicina cuando,

súbitamente, se abrió la ventana y una ululante ráfaga de viento penetró en la habitación, en tanto el albergue se llenaba de un tumulto que presagiaba un acontecimiento extraordinario.

- ¡Es él... Que viene! -exclamó Eliza, estremeciéndose toda y señalando la puerta.

Me precipité hacia el umbral; una gran agitación reinaba en el albergue; al fondo del oscuro pasillo, vi muchas personas ; se acercaban... Me arrimé contra la pared, estupefacto, incapaz de preguntar nada o apelar a mis sentidos. ¡Sí! ¡Eliza no se equivocaba! ¡Era ÉL! ¡ÉL! Yo lo veía, llevado, empujado por la gente; veía su lívido rostro, sus hundidos ojos de mirada aún velada por el sueño de la muerte... Oía los gritos de alegría, de sorpresa y espanto de aquellas gentes... Pude captar algunas frases, decían que el conde se había reanimado, que había salido de su féretro, que encontró al sacristán en la puerta, que el doctor lo había curado... Así, aquello no era una alucinación, ¡era la realidad! ¡La muerte había vuelto para destruir la dicha de los vivos! Me quedé petrificado; cuando el conde llegó a mi altura, su mano aún rígida rozó mi rostro, me estremecí como si hubiese recibido una descarga eléctrica; todo lo que me rodeaba se volvió transparente -las paredes, el suelo y las personas sólo eran sombras ligeras a través de las cuales yo podía ver claramente otro mundo, otros objetos, otras gentes... Cada fibra de mi cuerpo había recibido la facultad de ver; mi mágica mirada abrazaba a la vez el pasado y el presente, lo que realmente había ocurrido y lo que podía ocurrir; describir esa visión es algo imposible, no hay palabras humanas para eso... Vi al conde B. en diferentes épocas de su vida... En el momento de su nacimiento, monstruos inimaginables giraban a la cabecera de su madre, acogiendo al recién nacido con una alegría salvaje. Su educación: un monstruo horrible se interpone entre su preceptor y él -a uno, le susurra algo, al otro, le trasmite pensamientos

egoístas, la incredulidad, la crueldad, el orgullo; y, una vez llegado a la juventud, hace su entrada en el mundo: el mismo monstruo horrible dirige sus actos, le dota de perspicacia, de prudencia y astucia, le asegura todos los éxitos; el conde y las mujeres: se sienten atraídas hacia él por una fuerza irresistible, las acaricia una tras otra, y ríe sarcásticamente con su monstruo; ahora lo vemos a una mesa de juego: el monstruo escoge los colores, le sopla qué carta jugar; hace trampas, arruina a un amigo, un padre de familia –y esa fortuna consolida su éxito en el mundo; lo vemos ahora en un duelo a primera sangre: el monstruo le susurra al oído todos los sofismas justificando el duelo, refuerza su valor, guía su mano, dispara... La sangre de su adversario le salpica y mancha con estigmas eternos; el monstruo oculta las huellas de su crimen. Pude reconocer en uno de los testigos del duelo a mi difunto tío. Vemos ahora al conde en el gabinete de un gran señor: calumnia hábilmente a un hombre honesto, lo mancilla, destruye su felicidad y usurpa su lugar; ahora lo vemos en el tribunal: bajo una apariencia franca, disimula en su corazón una implacable crueldad; está ante un inocente y lo sabe sin duda alguna, pero lo condena para beneficiarse de sus derechos; todo le sonrío; se enriquece, tiene reputación de ser un hombre íntegro, recto y sólido; ahora lo vemos ofreciendo su mano a Eliza: una mano cubierta de lágrimas y sangre, pero ella no las ve y confía en él; Eliza sólo es a sus ojos un instrumento para alcanzar ciertos fines; la obliga a tomar parte en misteriosas y oscuras intrigas, la amenaza con todos los horrores imaginables, y cuando se somete, rota por su fuerza infernal, se burla de ella y fomenta otros crímenes...

Todos los acontecimientos de su vida estaban unidos entre sí de una manera prodigiosa, imposible de describir, por lazos vivos; encontramos ahí hijos misteriosos emparentados con muchas personas, que, o bien eran víctimas o cómplices de sus crímenes, y, a menudo, esos

hijos se remontaban a distintas generaciones que se encontraban así formando parte de aquella horrible familia; entre esos rostros, pude reconocer a mi tío, a mi tía, a Pavel; todos parecían imbricados en aquella trama de hijos que me unían a Eliza y su marido. Eso no era todo: cada uno de los sentimientos del conde, cada uno de sus pensamientos, cada una de sus palabras tenían el aspecto de criaturas vivas y abominables con las que poblaba –por decirlo así– el universo... En último término, toda esa horda de monstruos llevaba al conde medio muerto, el cual los traía con él al mundo; los lazos vivos lo unían a Eliza, a sus hijos; en él se juntaban también los hijos salidos de distintos crímenes cometidos por su padre, que se manifestaban bajo forma de tendencias viciosas, de pulsiones irracionales; en medio de esa legión flotaban innumerables y extraños seres, que producían una impresión pavorosa e indescriptible; su monstruosidad no tenía nada de ridícula, como a veces ocurre en las obras de arte; todos tenían una apariencia humana, pero sus formas, sus colores, y, sobre todo, su expresión, eran de una infinita diversidad: cuanto más cercanos eran del muerto, más abominables eran; sobre la cabeza del miserable volaba una criatura cuya mirada jamás olvidaré: su rostro era de un tinte verdinoso; cabellos rojos como la sangre se derramaban sobre sus hombros; sus ojos apagados derramaban lágrimas de fuego que traspasaban todas las células del muerto y reanimaban sus miembros uno tras otro; nunca podré olvidar la tristeza y rabia de la mirada que aquella criatura incomprensible posó en mí... No insistiré más en esa visión. ¿Cómo describir la trama de todos los impulsos secretos que surgen en el alma de un hombre y que, aquí, se encarnaban en una criatura viva? ¿Cómo describir todos los tremendos crímenes perpetrados en el mundo por estos seres, invisibles para ojos ordinarios? Cada uno de ellos engendraba mágicamente nuevas criaturas que devoraban a su

vez el corazón de otros hombres separados por el tiempo y el espacio. Podía discernir la terrible lógica según la cual los actos de aquellos seres emanaban unos de otros; cómo los actos, las palabras, los pensamientos insignificantes habían enraizado con el curso de los siglos en un crimen enorme, cuya causa original se perdió para siempre para los contemporáneos; cómo ese crimen daba lugar al nacimiento de nuevos vástagos y engendraba así nuevos nudos de mal; entre esos negros agentes del pecado humano aparecían también criaturas luminosas, engendradas por las almas puras, que ninguna sangre mancillaba; éstas, igualmente, estaban unidas entre sí por eslabones vivos, también se multiplicaban por encantamiento, y su presencia neutralizaba las fechorías de la casta de las tinieblas. Pero lo repetido, se necesitarían varios libros para describir lo que entonces se ofreció a mi mirada. En un instante, comprendí toda la historia de nuestro universo desde el comienzo de los tiempos; el secreto de la historia humana me fue desvelado, y todo aquello que no podía ser explicado por el encadenamiento de hechos externos me pareció muy sencillo, límpido; fue así, por ejemplo, como mi mirada subió los peldaños de una escalera mágica, donde se veía como la buena conciencia de un valeroso español ante las piras de la Inquisición había engendrado en su descendiente un apetito por el beneficio y una crueldad hacia los mexicanos que aun tenían apariencias de legalidad; y cómo finalmente ese mismo sentimiento se transformó, en las generaciones siguientes, en bestialidad pura, en una total ausencia de espiritualidad. Pude ver que los movimientos irracionales de mi propio corazón tenían su origen en los actos de personas que habían vivido varios siglos antes que yo... Comprendí hasta qué punto cada uno de nuestros pensamientos, cada una de nuestras palabras, es importante, qué inmenso alcance tienen, la pesada responsabilidad que soporta nuestra alma a ese respecto, y qué

mal puede engendrar para toda la humanidad el corazón de un solo hombre que se abandona a la influencia de sus criaturas impuras y hostiles... Comprendí que la frase “el hombre contiene el universo” no es una fórmula vacía inventada por gusto... Un día, cuando esté más sereno, escribiré la historia de estos seres de esencia moral viviendo en el interior del hombre y nacidos de su voluntad, de los que las crónicas del mundo sólo conservan las huellas.

Lo que estoy obligado a contar aquí en frases sucesivas se impuso a mí en esa visión en el espacio de un segundo. Mi ser estaba –por decirlo así– desdoblado. Por una parte, veía como se desplegaba ante mis ojos toda la historia de la humanidad, y, por otra, la de las personas cuyo destino estaba unido al mío; en este estado fuera de lo común, mi espíritu percibía con la misma agudeza los sufrimientos de la gente de la que yo estaba separado por el tiempo y el espacio, y los de la mujer que amaba con un amor que traspasaba mi corazón con un trazo de fuego. ¡Oh, cómo sufría ella! ¡Con un sufrimiento indecible! Arrodillada ante su verdugo, le suplicaba que la dejase o que la llevara con él. Y, súbitamente, mis ojos se abrieron: reconocí en Eliza a la mujer que un día había visto en el cosmorama; no sé por qué no pude reconocerla hasta ese momento, aunque su rostro siempre me había parecido familiar; en la fantasmagórica escena, yo estaba a su lado, y doblaba la rodilla ante el doble del conde; el doble del doctor intentaba sollozando apartarme de aquella pareja: me hablaba con pasión, pero yo no podía comprender sus palabras, aunque adiviné el movimiento de sus labios; a mis oídos sólo llegaba el confuso clamor de los monstruos que revoloteaban sobre nosotros; el doctor levantó la mano y me señaló algo, yo concentré mi atención y, entre las anómalas criaturas, creí reconocer la imagen de Sofia, pero eso sólo duró un instante, y aquella imagen me pareció alterada...

Durante todo el tiempo de esa extraña visión, caí en un estado de trance; mi alma ignoraba lo que le ocurría a mi cuerpo. Cuando volví a recuperar la percepción del mundo, me encontraba en una habitación, en el albergue; el doctor Bin estaba a mi cabecera, con un pequeño frasco en la mano.

- ¿Qué... Qué ocurre? -dije volviendo en mí.

- ¡Todo va bien! ¡Está en plena forma! ¡Tiene un pulso perfecto, es un verdadero milagro!

- ¿Qué...?

- ¡El conde! ¡Ah, poco faltó para cometer un tremendo error! Es cierto que nunca hubiera pensado que alguien pudiese tener un síncope así, jamás encontré eso en los libros. Tenía trazas de una muerte natural. Y yo que creía haberlo visto todo... Como suele decirse: "Nunca acabamos de aprender..." ¡Pero usted, amigo mío! ¡Usted fue soldado, sin embargo! Y usted también tuvo miedo, creyó ver andando a un muerto... Me costó traerle hasta aquí. Decididamente, ¡su valor es poco comparado con el de los médicos! ¡Nosotros, sí, somos valientes! Me había asomado al exterior para saber de dónde venía la tormenta ¿y a quién veo llegar? ¡A mi cadáver! ¡Y la gente huyendo ante su visión! "He aquí un caso muy curioso" me dije. Entonces, me acerqué a él, le grité, le llamé, y acabó por llegar... Me ocupé de él, lo curé ... Ahora, se porta de maravilla, ¡aún tiene para veinte años! Tengo que escribir sin falta una nota sobre esto, la enviaré a París, a la Academia, tendrá una gran repercusión en toda Europa -que se las entiendan entonces con... ¡Pero bueno! ¡Qué caso más curioso!

El doctor siguió hablando, pero yo no le escuchaba; sólo comprendía una cosa: todo esto no era ni un sueño ni una alucinación; el muerto había realmente regresado con los vivos, animado por una vida ficticia, y me despojaba de mi dicha...

- ¡Los caballos! -exclamé.

Apenas recuerdo cómo y por qué me llevaron a Moscú;

yo no había –al parecer– dado ninguna orden, y fue mi ayuda de cámara quien dispuso de mí. Durante un largo periodo, no aparecí en sociedad y pasé mis días solo, en un estado de insensibilidad total alternado con momentos de sufrimiento indecible. Sentía que todas mis facultades se habían apagado, mi razón había perdido la fuerza de pensar, mi corazón estaba sin deseo; mi imaginación sólo evocaba aquella visión horrible, incomprensible, cuyo solo recuerdo me nublabla el espíritu y me arrojaba a un estado rayano en la locura.

A menudo pensaba en aquella prima mía de corazón sencillo; recordé que sólo ella poseía el don de serenar mi alma. ¡Cómo me alegré al sentir que, cuando menos, se despertaba un deseo en mi corazón!

Mi tía estaba indispuesta, pero aceptó recibirme. Pálida, agotada por la enfermedad, descansaba en un amplio diván; Sofia cuidaba de ella, remetía sus cojines, le daba de beber. Tan pronto como me vio, mi prima se fundió en lágrimas.

– ¡Oh! ¿Por qué me dará usted tanta lástima! –dijo.

– ¿De quién tienes lástima, hija mía? –preguntó nuestra tía con una voz quebrada.

– ¡De Vladimir Andreievich\*! No sé por qué, pero no puedo mirarle sin llorar...

– ¡Harías mejor lamentándote por mí, hija mía! Ya lo ves, ni siquiera se molestó, hasta hoy, en visitar a su tía enferma...

No sé qué respondí a aquel reproche que no sería el último. Sin embargo, acabó por calmarse un poco.

– Si digo eso, mi pequeño, es únicamente porque te quiero; a menudo hemos hablado de ti, Sofia y yo...

– ¡Oh, tía! ¿Por qué dice esas cosas? Nunca pronunciamos el nombre de mi primo...

– ¡Eso es! –exclamó mi tía, furiosa–. ¡Ya empezamos! No te enfades por nuestra simplicidad, mi pequeño; quería mostrarme amable, pero como ves, ¡tengo aquí a alguien que me da lecciones!

Y una lluvia de reproches cayó sobre la joven.

Me di cuenta que la enfermedad afectaba mucho al carácter de nuestra tía; todo le aburría, le crispaba; y lo peor es que la emprendía sin piedad con la buena de Sofia; todo marchaba del revés, no se ocupaban bastante de ella, nadie la comprendía; después de lamentarse de la joven, siguió con su familia, con sus amigos –no se salvó nadie: se acordaba con sorprende precisión de todos los sinsabores de su vida, acusaba a todo el mundo y lo criticaba todo, después retomaba su letanía de reproches contra Sofia.

Yo observaba –sin decir nada– a la desdichada joven, que escuchaba a la anciana con una paciencia angelical, mientras esperaba el momento de prestarle ayuda. Intentaba descubrir el invisible lazo que me unía a Sofia y derramar mi alma en su corazón, pero en vano; sólo tenía ante mí a una joven vestida de blanco, con un vaso en la mano.

Cuando mi tía se cansó de hablar, le dije a Sofia, casi susurrando:

– ¿Así que me compadeció mucho?

– Sí, le compadezco, y no sé por qué.

– Pero ¡es a usted a quien yo compadezco! –dije, señalando a nuestra tía con la mirada.

– ¡Oh, eso no es grave! –respondió–. Nada dura sobre esta tierra, ni la pena ni la alegría; nosotros morimos, y habrá otra cosa...

– ¿Qué barbaridades dirás aún? –exclamó mi tía que sorprendió sus últimas palabras–. ¡Ya ves qué hermoso consuelo tengo aquí, mi pequeño! A una enferma hay que distraerla, serenarla, pero ella sólo tiene la muerte en la boca. ¿Qué pretendes? ¿Me sugieres que no te olvide en mi testamento, no es eso? ¿Quieres empujarme a la tumba? ¡Qué muchacha tan estúpida! Pues no, mi pequeña, seré yo quien te enterraré a ti...

Sofia la miró a los ojos y dijo:

– ¡Tía! Lo que dice no es verdad.

La tía se encolerizó.

- ¿Cómo que no es verdad? Te dispones a enterrarme, ¿no?... ¿No es intolerable, mi pequeño? ¡Esta es la serpiente que anidé en mi seno!

Me di cuenta que los domésticos manifestaban abiertamente su indignación; sorprendí expresiones como: "¡Mala!" "¡Malvada!" ¡Quiere su muerte!".

Fue en vano que le asegurase a mi tía que se equivocaba sobre las palabras de Sofia; sólo conseguí irritarla más. Finalmente, decidí irme; Sofia me acompañó.

- ¿Por qué pone a nuestra tía en semejante estado? -le pregunté a mi prima.

- No es nada, está un poco irritada conmigo, pero al menos, piensa en la muerte; eso le ayudará...

- ¡Extraña criatura! -dije-. ¡Enséñame a morir también a mí!

Sofia me miró con sorpresa.

- ¡No sé! Además, cuando tenemos el deseo de aprender, ya hemos recorrido la mitad del camino.

- ¿Qué quiere decir con eso?

- Nada. Está escrito en mi álbum.

Sonó la campanilla.

- Mi tía me llama -dijo Sofia-. Ya lo ve, tal como presentí; se ha calmado, ahora llorará, y es bueno llorar, muy bueno, sobre todo cuando no se sabe por qué lloramos. Tras decir esas palabras, se retiró.

Regresé a mi casa muy pensativo, me dejé caer en un diván e intenté poner en claro mis impresiones. Ora Sofia me parecía un ser bueno y misterioso que me protegía, cuyas palabras tenían un sentido profundo ligado a mi existencia, ora se burlaba de mí mismo, diciéndome que mi imaginación mezclaba el recuerdo de antiguas leyendas con la idea que me hacía de ella; que ella era sencillamente una joven muy buena, pero ordinaria, a quien le gustaba citar -viniese o no al caso- las sentencias más pueriles; si aquellas sentencias me conmovían, era sin duda porque, en la corriente de las ideas positi-

vistas de nuestro siglo, las mismas habían caído en el olvido y tenían la apariencia de la novedad, como un mueble gótico en nuestros salones modernos. Sin embargo, las palabras de Sofia sobre la muerte continuaban sonando en mis oídos, atraían a su órbita –por decirlo así– mis otros pensamientos, y acabaron por concentrar en un nudo central todas mis fuerzas espirituales; poco a poco, los objetos que me rodeaban desaparecieron, un desamparo incomprensible me encogió el corazón, y mis ojos se inundaron súbitamente de lágrimas. ¡Me quedé estupefacto! “¿Quién llora en mí?” –me dije en voz alta; y me pareció que alguien me respondía; me invadió una extraña frialdad, ahora no podía mover el brazo; tuve la impresión de estar clavado al diván y experimenté de súbito aquella extraña sensación que –de ordinario–, preludiaba mis visiones y que ya me era familiar; de hecho, al cabo de unos instantes, mi habitación se volvió transparente, y de nuevo, como a través de un vaho luminoso, vi a lo lejos el rostro de Sofia...

“¡No! –me dije a mí mismo–. Hagamos acopio de todo nuestro valor y examinemos del modo más frío esta fatamorgana. Sería lógico que un niño se asustase así; esto parece incomprensible, bueno, ¿y qué?”

Y fijé en la extraña visión la mirada atenta del naturalista observando una curiosa experiencia de física.

La visión se cubrió de una especie de bruma verdinosa; el rostro de Sofia se hizo más claro, pero lo veía deformado.

“¡Bueno! –me dije–. El color verde desempeña visiblemente un rol; apelemos a nuestros recuerdos; ciertos gases dan esa impresión de verde; esos gases sumen en el anonadamiento, ¡eso es un hecho! La refracción de un rayo verde tiene una acción anestésica sobre los nervios, y al contrario. Ahora continuemos: la visión se ha hecho más nítida. Bueno, eso significa que es transparente. Está claro. En los microscopios, se utilizan expro-

feso cristales de tinte verdegay para observar los insectos transparentes; sus formas devienen así más nítidas...”

A fin de mantener mi sangre fría y no dejarme llevar por mi imaginación, anotaba mis observaciones en un papel; pero pronto eso se hizo imposible; la visión se acercaba y se hacía cada vez más clara, mientras que lo demás se difuminaba: el papel en el que escribía, la mesa, mi propio cuerpo, todo devenía transparente como el cristal; a donde quiera que volviese mis ojos, la visión se imponía a mi mirada. Podía reconocer a Sofia: su silueta, sus cabellos, su sonrisa, pero la expresión de su rostro era diferente. Ella me miraba con ojos pérfidos, voluptuosa, e intentaba seducirme con un abrazo lascivo.

“¡No sabes cuánto deseo ser tu mujer! –decía–. ¡Tú eres rico! Yo conseguiré sacarle algo a la vieja, y llevaremos una vida deliciosa. ¿Por qué te me resistes? Por más que finja o coquettee contigo –¡no sirve! ¿Mis austeras palabras te dan miedo, mi cándida ignorancia te desconcierta? ¡No creas en ello! Son trampas que te tiendo para atraparte, porque ni tú mismo sabes donde está tu dicha. Cásate conmigo, y verás como cambiaré. A ti te gustan las diversiones –a mí también. A ti te gusta gastar sin contar –a mí todavía más. Tendremos una casa suntuosa, daremos bailes a los que invitaremos a los familiares, nos ganaremos sus simpatías y nos veremos cubiertos de grandes herencias. Ya lo verás, soy especialista en la materia...”

Esas palabras me helaron; sentí nacer en mí una indecible repulsión hacia Sofia. Evoqué su misterioso comportamiento, sus ambiguas palabras: ¡ahora, lo comprendía todo! Bajo su aparente inocencia se escondía un demonio astuto... La visión desapareció, solo quedó a lo lejos un punto brillante; ese punto, poco a poco, comenzó a aumentar, se aproximó: ¡era mi Eliza! ¡Oh, cómo describir el delirio en el que caí entonces! Temblé con

todos mis nervios, mi corazón comenzó a latir agitado, maquinalmente, mis manos se tendieron hacia aquella visión hechizadora; parecía flotar en el aire, sus bucles ora se recogían ora se desplegaban, como una bruma ligera, un velo transparente caía sobre sus magníficos hombros, envolviendo su talle, y se desplegaba a lo largo de sus esbeltas y róseas piernas. Con los brazos cruzados, me miraba con un aire de reproche.

“¡Infiel! ¡Traidor! –dijo con una voz que quemó mi alma como un hierro candente–. Ya me has olvidado. ¡Ingenuo! ¡Tienes miedo de un muerto! Has olvidado que sufro, que sufro de manera indecible, inconsolable... ¡Has olvidado que estamos unidos por un juramento eterno que nada podrá romper! ¿Temes la opinión de la gente? ¿Temes enfrentarte a un muerto? Pero yo no he cambiado. Tu Eliza gime y llora, te busca en su vida y sus sueños, te espera; todo le da igual, no teme a nada, está dispuesta a todos los sacrificios por ti...”

– ¡Eliza! ¡Te pertenezco! ¡Eternamente! ¡Nada nos separará! –exclamé, como si la visión pudiera oírme.

Eliza sollozaba y me hacía un gesto para que me acercase, me abría sus brazos, su mano estaba tan cerca que creí poder tocarla... Cuando súbitamente, apareció otra mano al lado de la suya... Entre ella y yo surgió el misterioso doctor; estaba en harapos, sus ojos lanzaban destellos y temblaba con todos sus miembros; aparecía y desaparecía, como si luchase contra una fuerza invisible, intentaba hablar, pero sólo me llegaban palabras entrecortadas: “Huye... pérdida... venganza misteriosa... se lleva a cabo... Tu tío... la empujó... un crimen horrendo... Su destino está sellado... Está... roto... el espíritu de la tierra... prosigue... Ella está mancillada por una sangre inocente... Él murió sin reconciliarse... se venga... es terriblemente malvado... Por eso ha vuelto a la tierra... tu pérdida... tu pérdida...”

Pero el doctor desapareció; sólo quedaba ya Eliza. Continuaba tendiéndome los brazos y haciéndome una

señal al mismo tiempo que se difuminaba... Vi cómo se alejaba, desesperado...

El encanto se rompió cuando golpearon a la puerta. Era uno de mis amigos.

- ¿Dónde has estado? ¡No se te ve ya por ninguna parte!

¿Pero qué te ocurre? No pareces en tu estado normal.

- No es nada. Estaba... estaba soñando.

- ¡Acabarás por volverte loco, te lo aseguro! Ni que vieras fantasmas...

- Sí. Tengo los nervios destrozados. Pero ya pasó...

- ¡Si te pusieran en manos de un hipnotizador, harías prodigios!

- ¿Qué quieres decir?

- Tienes exactamente la constitución necesaria para eso... Podrías convertirte en un "clarividente"

- ¡Un clarividente! -exclamé.

- Sí. Pero te aconsejo que no lo intentes; yo conozco bien ese campo; es una enfermedad que lleva a la locura. Se comienza por delirar durante un sueño hipnótico, y después eso se hace permanente...

- Pero uno se puede curar de esa enfermedad...

- Sin duda; con distracciones, salidas, baños fríos... Es verdad, piénsalo. ¿Por qué seguir encerrado? Vas a enfermar. ¿Qué haces hoy, por ejemplo?

- Contaba con quedarme en casa.

- ¡Tonterías! Vamos al teatro, dan una nueva ópera. Pongo mi palco a tu disposición...

Acepté.

¡El hipnotismo! "Resulta extraño que no lo haya pensado hasta ahora -me dije durante el camino-. Es cierto que he oído hablar poco sobre eso. Quizá encuentre ahí una explicación a mi singular estado. Tengo que leer enseguida algunos libros de hipnotismo."

Entretanto, llegamos al teatro. Aún no había mucha gente, y el palco contiguo al nuestro estaba vacío. Los carteles anunciaban "El Vampiro", una ópera de Marschner; yo no conocía esa obra, y escuché con curio-

alidad el comienzo de la obertura. Súbitamente, un impulso irracional me hizo volver la cabeza; la puerta del palco vecino rechinó, y vi entrar a mi Eliza. Me miró, hizo un gesto amable con la cabeza y a su palidísimo rostro asomó el rubor. Su marido la seguía... Creí oler un efluvio tumbal... -pero era efecto de mi imaginación. Hacía dos meses que no le veía, desde que se había reanimado; tenía mucho mejor aspecto; en su rostro apenas quedaba huella de su enfermedad... Susurró algo al oído de Eliza, ella le respondió también en un susurro, pero comprendí que había pronunciado mi nombre. Todo se mezclaba en mi cabeza; mi antiguo amor por Eliza, la ira, los celos, mis visiones, la realidad -todo eso me sumía en una agitación que vanamente intentaba ocultar bajo apariencias tranquilas y mundanas. ¡Y decir que aquella mujer hubiese podido ser mía en cuerpo y alma! Nuestro amor no tenía nada de criminal; a mis ojos, era ella entonces una viuda; y podía disponer de su voluntad sin caer en los reproches de su conciencia. ¡Y aquel muerto, aquel muerto entre nosotros! La ópera perdió para mí todo interés; aprovechando mi posición en el palco, fingía mirar la escena, pero no apartaba los ojos de Eliza y su marido. Ella parecía más lánguida que antes, pero aún más bella; mi imaginación la veía con el ropaje que llevaba en mis visiones; mi emoción era extrema, mi alma parecía querer salir de mi cuerpo; mi mirada iba de Eliza a mi misterioso rival; a primera vista, su rostro no expresaba nada de particular, pero un examen más atento permitía discernir en sus rasgos el estigma del crimen. En el momento en que -en la ópera-, el vampiro le pide a otro personaje que lo vuelva hacia la luz de la luna que debe reanimarlo, el conde se estremeció; lo observé con curiosidad, pero él cogió fríamente su antejo y lo paseó por el teatro: era imposible adivinar lo que le había estremecido -¿tal vez el recuerdo de sus aventuras, una simple reacción nerviosa, o bien la voz interior de su

misterioso destino? Concluyó el primer acto; las conveniencias exigían que le dijese algunas palabras a Eliza; me acerqué a la balaustrada de su palco. Me presentó a su marido con la mayor indiferencia; él me dirigió algunas palabras amables con la soltura de un hombre de mundo experimentado; hicimos comentarios sobre la ópera, sobre el público; las intervenciones del conde eran espirituales, sus observaciones llenas de delicadeza: era manifiestamente un hombre de mundo que, bajo una máscara de indiferencia un poco burlona, encubría un sucinto conocimiento de distintas ramas del saber humano. Al estar tan cerca de él, podía distinguir en sus ojos aquel extraño fulgor púrpura del que me había hablado Eliza; ese efecto de la naturaleza no tenía sin embargo nada de desagradable; al contrario, aquello aún le daba más vivacidad a su penetrante mirada; se descubría igualmente una especie de rabia en la convulsa crispación de sus finos labios, pero eso podía muy bien pasar por la expresión de una banal ironía mundana.

Al día siguiente, recibí del conde una invitación para asistir a un sarao. Poco después, fue una cena en *petit comité*, y así otras veces. En una palabra, yo veía a mi Eliza casi una vez por semana, bromeaba con su marido, jugaba con sus hijos que, aun cuando no eran muy amables, sí muy divertidos. Se parecían más a su padre que a su madre, y eran muy serios para su edad, lo que yo atribuí a la severidad de su educación; sus palabras me sorprendían a menudo por su calado e ironía, pero no sin pena descubrí en sus rostros de niños claros síntomas de ese rictus que tanto me disgustaba en el conde. Ni que decir tiene que en nuestras conversaciones, la condesa y yo no teníamos ninguna necesidad de concertarnos para aprovechar la menor alusión, el menor gesto; pero desde el exterior; nadie hubiera sospechado nuestra antigua unión; pues nos comportábamos con prudencia, y sólo nos permitíamos cambiar

algunas miradas cuando el conde jugaba a las cartas, por las que sentía una verdadera pasión.

Transcurrieron así algunos meses; ni siquiera una vez tuve ocasión de estar a solas con la condesa; pero ella me había prometido una cita, y esa esperanza me hacía vivir.

Entretanto, pensando en los extraños sucesos que me habían ocurrido, conseguí reunir todos los libros posibles sobre el hipnotismo: Puységur, Deleuze, Wolffhart y Kiezer no abandonaban mi mesa; creía al fin haber encontrado la explicación de mi estado psicológico, y no tardé en reírme de mis pasados terrores; alejé de mí cualquier pensamiento sombrío o misterioso, y acabé por convencerme que el secreto de todo se encontraba en mi organismo, y que se producía en mí algo análogo a lo que en Escocia llaman “el don de doble vista”; me alegré al saber que tal afección nerviosa pasaba con la edad, y que existían medios para desembarazarse de ella definitivamente. Seguí esos consejos y me fijé un modo de vida sensato conducente al fin deseado: resistí firmemente a la menor tentación de sonambulismo –es así como denominaba a mi estado; la equitación, una actividad constante, distracciones frecuentes, baños –todo eso contribuía aparentemente a mejorar mi salud física, y la perspectiva de una cita con Eliza arrojaba de mi espíritu cualquier otro pensamiento.

Un día, después de la comida, cuando Eliza consiguió reunir en torno a ella a un grupo de esos ociosos que frecuentan los salones, llevó insensiblemente el tema de conversación hacia las supersticiones y los buenos o malos augurios.

– Hay personas muy inteligentes –dijo con frialdad–, que creen en los augurios y, lo que aún es más extraño, defienden sus creencias con sólidas pruebas; mi marido, por ejemplo, jamás deja pasar una velada de Año Nuevo sin jugar a las cartas; dice que –ese día– se da cuenta de disponer de una sagacidad y memoria poco

habituales, y que acuden a su mente combinaciones en las que nunca había pensado; cree que en esa noche aprende para todo el año.

Esa historia dio lugar a muchos comentarios, a cada cual más vacuo; yo fui el único en comprender la razón de ese relato: una mirada de Eliza me lo había desvelado.

- Creo que son las diez -dijo al cabo de un instante.

- No, son ya las once -respondieron algunos petimetres.

- *Le temps m'a paru trop court dans votre société, messieurs!*

-dijo Eliza con ese tono que usan las mujeres inteligentes para dar a entender que piensan algo distinto a lo que dicen-; para mí es suficiente.

¡La víspera de Año Nuevo, a las diez de la noche!...

¡No, jamás había experimentado una alegría más grande! Frecuentar durante largos, interminables días, a una mujer a la que antes hemos tenido entre los brazos, verla sin intentar hacer valer nuestros derechos, y sentir finalmente que se acerca ese minuto feliz, deseado...

¡Hay que haber conocido esa emoción para poder comprenderla!

Durante los días precedentes al Año Nuevo, perdí el sueño y el apetito, me estremecía a cada campanada del reloj, me despertaba por la noche para mirar la hora, como si temiese perder un solo minuto.

Al fin llegó la víspera del Año Nuevo. No había dormido por la noche, y me levanté agotado, con una migraña; presa de una indescriptible agitación, no dejaba de ir de acá para allá en mi pieza siguiendo con la mirada el lento movimiento de las agujas. Dieron las ocho; al cabo de mis fuerzas, me desplomé en el diván... Temía seriamente haberme debilitado, ¡y en un momento así! Ganado por una ligera somnolencia, llamé a mi doméstico:

- Prepárame café, y, si me quedo dormido, despiértame a las nueve, sin falta, ¿comprendes? Si tardas un solo

minuto, te despediré; si me despiertas a la hora que te digo, te ganarás cien rublos.

Diciendo esas palabras, me acomodé en el diván, mi cabeza se inclinó y caí en un sueño profundo... Me despertó un terrible pandemónium. Abrí los ojos –tenía el rostro y las manos frías y húmedas... A mis pies yacía un enorme péndulo de bronce, roto en mil pedazos –el criado me diría después que debí tropezar contra él sin darme cuenta, pues estaba sentado al lado. Iba a coger mi taza de café cuando oí sonar el reloj de la pieza contigua. Me puse a contar. Una, dos, tres... Ocho, nueve... ¡Diez! ¡Once! ¡Doce! La taza voló en dirección del criado.

– ¿Qué has hecho? –exclamé, fuera de mí.

– ¡No es culpa mía! –respondió el desdichado–, yo ejecuté puntualmente sus órdenes, cuando dieron las nueve, vine a despertarle –pero no reaccionó; traté de levantarlo, pero usted solamente se dignó decirme: “Es muy pronto... Por el amor del cielo... ¡No causes mi pérdida!” Y volvió a tumbarse en el diván. Finalmente, decidí echarle agua fría; pero sin ningún resultado. No hacía más que repetir: “¡No causes mi pérdida!” Iba a enviar en busca de un médico, pero apenas llegué a la puerta el péndulo se cayó, ignoro por qué, y usted se despertó...

Sin prestar atención a las palabras de mi doméstico, me vestí de prisa y, ya en la calle, salté a un carruaje que me llevó a casa de la condesa.

A mi pregunta: ¿Está el conde en casa? –el mayordomo respondió–: “No, pero la condesa está aquí, y recibe.”

Subí la escalera –no corría, ¡volaba!

Me aguardaba en la estancia más apartada; al verme, exclamó con desesperación:

– ¡Demasiado tarde! El conde regresará pronto; ¡hemos perdido un tiempo difícil de recuperar!

No supe qué responder, pero los minutos eran preciosos, no era momento para reproches y nos arrojamos

uno en brazos del otro. Teníamos tantas cosas que decirnos; debíamos hablar del pasado, oírnos por el presente, el futuro; el destino jugaba con nosotros de manera tan fantástica, ora reuniéndonos por un instante, ora separándonos por largo tiempo con un abismo infranqueable; nuestra vida estaba hecha de jirones como los minutos de inspiración de un artista insatisfecho. Había tantas cosas inexplicables, incomprensibles, tantas cosas para las que no tendríamos tiempo de decirnos. Pude saber que la vida de Eliza era un infierno lleno de torturas de toda índole; que el carácter de su marido había empeorado; la atormentaba cotidianamente, sólo por placer; sus hijos eran para ella una nueva fuente de sufrimiento; el conde la vigilaba e intentaba matar en ellos cualquier pensamiento puro, cualquier sentimiento noble; con sus palabras y ejemplo, los iniciaba en ideas y pasiones abominables, a pesar de ser un hombre maduro –y cuando la desdichada Eliza intentaba salvar sus almas inocentes de aquella infección, él incitaba a los hijos a burlarse de su madre... El cuadro era pavoroso. Hablábamos ya de recurrir a la protección de las leyes, calculando las posibilidades de éxito o fracaso, las ventajas e inconvenientes de semejante acto... Pero la conversación tomaba otro sesgo y se interrumpía a cada instante –las palabras morían en nuestros ardientes labios, hacía tanto tiempo que esperábamos este instante, Eliza estaba tan maravillosamente bella, y la rabia no hacía más que atizar nuestra pasión; su mano se olvidaba en la mía, ella inclinaba la cabeza hacia mí, como para buscar refugio... Habíamos olvidado donde estábamos, lo que nos pasaba, y, cuando Eliza, desfalleciente, acabó por caer entre mis brazos... La puerta no se había abierto, pero su marido apareció cerca de nosotros. Nunca podré olvidar ese rostro: pálido como la muerte, sus cabellos se erguían en su cabeza, electrizados; temblaba como si fuese presa de un acceso de fiebre, no decía nada, jadeaba y sonreía. Eliza y yo estába-

mos petrificados; nos agarró a ambos por la mano... Su rostro se convulsionó... Sus mejillas devinieron púrpuras... Sus ojos fulguraron... Nos miró en silencio... Me pareció que aquellos ojos irradiaban rayos de fuego, ensangrentados... Una fuerza mágica me paralizaba, no podía hacer ni un gesto, no podía apartar los ojos de aquella mirada terrible... Segundo a segundo, su expresión se hacía más feroz, sus ojos más brillantes, su rostro más encendido... ¿No era aquello un verdadero fuego que circulaba por sus venas y lo hacía así rojear? Su mano quemaba la mía... Un segundo más tarde, brillaba como un hierro candente... Eliza lanzó un grito... Los muebles comenzaron a humear... Por todo el cuerpo del muerto corría una llama azulosa... A través de aquella luz sangrienta, podía verse la blancura de su esqueleto... El vestido de Eliza empezó a arder; vanamente, yo intentaba arrancar mi mano a aquel puño vengativo... Los ojos del muerto seguían todos los movimientos de Eliza, y la convertían en una tea humana... El rostro del conde adquirió el color de las cenizas, sus cabellos blanquearon y endurecieron como sarmientos, ya sólo se veían sus labios que cruzaban su rostro con un corte púrpura y sonreían con una sarcástica sonrisa... El fuego se propagaba con una rapidez inimaginable; las cortinas también ardían, y las flores, y los cuadros, y el suelo, y el techo; la estancia se llenó de una espesa humareda- “¡Los niños ¡Los niños!” –exclamó Eliza con desesperación-. “¡Él está con nosotros, también el! –respondió el muerto con una risa sarcástica.

A partir de ese instante, ya no recuerdo nada de lo que ocurrió. Un hedor acre y quemajoso me sofocaba, obligándome a cerrar los ojos –como en un sueño, oía alaridos, los resquebrajamientos de la casa que se derrumbaba... No sé cómo arranqué mi mano de entre la del muerto: sentí que estaba libre, y, movido por un instinto animal, corrí en todos los sentidos para evitar las

vigas que caían... Sólo entonces vi ante mí una especie de nube blanca... Me quedé mirándola... Entre aquella nube surgió el rostro de Sofia... Sonreía tristemente y me hacía una señal... Instintivamente, la seguí... Ante el paso de la visión, las llamas se inclinaban, y yo comencé a respirar el frescor de un soplo perfumado y vivificante... Y me alejaba, me alejaba...

Finalmente, me encontré de nuevo en mi habitación.

Tardé mucho tiempo en volver en mí; no sabía si había dormido o no. Me examiné: mis ropas no estaban quemadas; sólo tenía una mancha negra en la mano... La vista de aquella mancha desató una crisis nerviosa y, de nuevo, perdí el conocimiento...

Cuando volví en mí, estaba acostado en mi lecho, demasiado débil para decir ni una palabra.

- ¡Gracias al cielo! ¡La crisis ha terminado! Hay esperanza -dijo alguien a mi lado.

Reconocí la voz del doctor Bin; hice un esfuerzo para hablar, pero la lengua no me obedeció.

Tras largos días de mutismo total, lo primero que dije fue:

- ¿Eliza?

- ¡Todo va bien, todo va bien! Gracias a Dios está bien, y le envía su amistad...

Hacer aquella pregunta me había agotado, pero la respuesta del doctor me tranquilizó.

Poco a poco recuperé mis fuerzas; mis amigos comenzaron a visitarme. Un día, cuando me miraba la mano intentando recordar lo que significaba aquella mancha negra, el nombre del conde, pronunciado por uno de los visitantes, me hizo estremecer; fui todo oídos, pero la conversación me resultaba incomprensible.

- ¿Qué le ocurrió al conde? -pregunté mientras acomodaba el cojín.

- ¡Ah, sí, es verdad! ¡Era a él a quien ibas a ver! -respondió mi amigo-. ¿No sabes, pues, lo que ha ocurrido? ¡Qué fatalidad! La víspera de Año Nuevo jugó a las car-

tas en casa de\*\*\*; la suerte le sonrió de manera extraordinaria; se marchó con una suma colosal. Pero imagínate que aquella noche, hubo un incendio en su casa; ardió todo: él, su mujer, sus hijos, la casa -¡no quedó absolutamente nada! La policía hizo alardes, pero en vano: no pudieron salvar nada. Los bomberos dijeron que jamás en su vida habían visto un incendio semejante; llegaron a decir que incluso las piedras ardían. De hecho, toda la casa quedó reducida a cenizas, hasta las canalizaciones se fundieron...

No oí el final del relato: el recuerdo de aquella noche espantosa acababa de acudir a mi memoria, y me sentí sacudido por terribles convulsiones.

- ¿Qué han hecho, señores? -exclamó el doctor Bin.

Pero ya era demasiado tarde; estaba de nuevo al borde de la tumba. Sin embargo -ya fuese por mi juventud, los cuidados del doctor, o mi misterioso destino- aún seguí con vida.

El doctor Bin se mostró a partir de entonces más prudente, le prohibió la entrada a mis amigos, y ya apenas abandonó mi cabecera.

Un día -por entonces ya podía sentarme en un sofá- cuando toda angustia había desaparecido, me invadió sin embargo una pesada tristeza que, como plomo, oprimía mi pecho. El doctor me miraba con una inexpressible compasión...

- Escuche -dije-, me siento muy bien ahora; no me oculte nada. La ignorancia sólo me atormenta más...

- Pregúnteme lo que quiera -respondió tristemente el doctor-. Estoy dispuesto a responderle.

- ¿Cómo sigue mi tía?

- Ha muerto.

- ¿Y Sofia?

- Poco tiempo después que ella -respondió el buen doctor, con lágrimas en los ojos.

- ¿Cuándo? ¿Cómo?

- Estaba bien cuando repentinamente, la víspera de

Año Nuevo, fue presa de un mal incomprensible; nunca había visto nada igual: se podría decir que ardió viva...

- ¿Ardió?

- Sí. Es decir, su cuerpo parecía cubierto de quemaduras; le digo eso porque usted no tiene ninguna noción de medicina. Pero por supuesto, era una forma aguda de hidropesía...

- ¿Sufrió mucho?

- ¡No, gracias a Dios! Si hubiese visto con qué paciencia soportó sus sufrimientos; preguntaba por todo el mundo, se ocupó de todos... Aunque un poco simple, era ciertamente un ángel. A propósito, a usted tampoco le olvidó: arrancó una página de su cuaderno y me pidió que se la entregase como recuerdo. Tenga.

Cogí con emoción aquella preciosa página: en ella estaba escrita la frase siguiente, sacada de un libro cualquiera de moral: "El mayor amor es sufrir por otro..." Mudo por un sentimiento inexpresable, me llevé la hoja a los labios. Cuando quise volver a leerla, caí en la cuenta de que contenía otras frases: "¡Todo se ha cumplido! -decía aquella carta milagrosa-. El sacrificio está hecho. No te lamentes por mí, soy feliz. Tu camino aún es muy largo, y su final depende de ti. Recuerda mis palabras: un corazón puro es la mayor de las riquezas. Búscala."

Mis ojos se inundaron de lágrimas, pero aquellas no eran lágrimas de desesperación.

No contaré mi convalecencia detalladamente, pero intentaré esbozar a grandes rasgos los nuevos sufrimientos que debí soportar, pues como dijo Sofia, mi camino aún era largo.

En cierta ocasión, mientras pensaba tristemente en las peripecias de mi vida con la intención de desvelar los ocultos lazos que me unían a los seres que había amado y a otros que me eran casi extraños, fui presa de un vivo deseo por saber qué le había ocurrido a Eliza... Apenas había sentido ese deseo cuando la misteriosa puerta se abrió en mí. Y vi a Eliza: estaba como el último día -tan

joven, tan bella; sumida en un profundo silencio, lloraba; a sus rasgos asomaba una indecible aflicción. Sus hijos estaban a su lado: y la miraban tristemente, como si esperasen algo de ella. Me invadió una oleada de recuerdos, todo mi amor pasado se despertaba.

-¡Eliza! ¡Eliza! -exclamé, tendiendo los brazos hacia ella.

Me lanzó una mirada de amargo reproche... Y su terrible marido surgió a su lado. Él también estaba como le había visto la última vez: un rostro ceniciento, atravesado por el fino corte de su labios púrpuras, cabellos blancos endurecidos como sarmientos... Miraba a Eliza con un aire feroz y burlón, y entonces... Ella palideció, sus hijos también, sus rostros se volvieron cenicientos, como el de su padre, sus labios se estiraron en un trazo púrpura y, sacudidos por horribles convulsiones, se precipitaron hacia él, se agarraron a sus piernas... Yo lancé un grito de horror y me cubrí el rostro... La visión desapareció, pero no por mucho tiempo. Cuando observo mi mano, pienso en Eliza, cuando pienso en ella, todo el arrebató se despierta en mi corazón, y de nuevo, ella surge ante mí, de nuevo me mira con aire de reproche, se vuelve del color de la ceniza y, presa de convulsiones, se abalanza contra su verdugo...

Decidí no renovar esa terrible experiencia e intenté olvidar a Eliza, por su bien. Con el fin de distraerme, comencé a salir, a ver a mis amigos; pero muy pronto, a medida que me recuperaba, noté algo extraño en ellos: al principio, me reconocían, estaban contentos de verme, pero después, poco a poco, comenzaron a tratarme con una especie de frialdad que se parecía mucho a la repulsión; hacían esfuerzos por acercarse a mí, pero algo a pesar de ellos les hacía huir. Si alguien entablaba una conversación conmigo, al cabo de un minuto daba muestras de querer poner fin a la misma; una fuerza incomprensible parecía apartar a las gentes de mí, y acabaron por dejar de visitarme; los domésticos, a pesar

de los enormes salarios y de mi carácter extraordinariamente tranquilo, no se quedaban más de un mes a mi servicio; hasta la calle en la que yo vivía se quedó vacía; no conseguí la compañía de ningún animal; para acabar, constaté con horror que los pájaros nunca se posaban en el tejado de mi casa. Sólo el doctor Bin me permaneció fiel; pero no podía comprenderme, y cuando yo le hablaba del extraño desierto en el que me encontraba, sólo veía en eso una jugarreta de mi imaginación. Pero la cosa no acabó ahí; se hubiera dicho que todas las desgracias del mundo se abatían sobre mí; cualquier cosa que emprendiera, acababa en el fracaso; en mis propiedades, las catástrofes se sucedían; de todas partes, comenzaron a incoarme procesos, a desenterrar antiguos litigios olvidados desde hacía mucho tiempo; fue en vano que me esforzase en luchar por todos los medios posibles contra aquellos golpes del destino -no encontraba en la gente ni consejo, ni ayuda, ni comprensión; cometían conmigo inmensas injusticias, y todo el mundo encontraba eso razonable. Acabé por caer en una desesperación sin fondo...

Un día, al saber que había perdido la mitad de mis bienes en un proceso completamente inicuo, me invadió una cólera como jamás nunca antes había experimentado; pasé revista a todas las astucias utilizadas contra mí, a la injusticia de mis jueces, a la frialdad de mis amigos, y mi corazón se acongojó de rabia y tristeza... Entonces, la puerta misteriosa se abrió una vez más ante mí, y vi el rostro de todas las personas contra las que se había desatado mi ira -¡qué terrible espectáculo! En el otro mundo, aquella ira legítima estaba dotada de una fuerza concreta: golpeaba a mis enemigos con todas las desdichas posibles, los afligía con horribles enfermedades, remordimientos y todas las penas del infierno... Tendían las manos hacia mí llorando y suplicando gracia, asegurándome que en nuestro mundo, actuaban bajo el imperio de impulsos misteriosos e irresistibles...

Después, la funesta puerta ya no volvió a cerrarse ni un instante en mi alma. Día y noche, soy asaltado por las visiones de rostros conocidos y desconocidos. No puedo pensar en nadie con amor o ira; todo aquel que me ha amado u odiado, todo aquel que ha tenido la menor relación conmigo, aquel que me ha tocado, todos sufren y me suplican que aparte la mirada...

Sumido en un horror indecible, presa de una tortura de cada instante, tengo miedo de pensar, miedo de experimentar un sentimiento, ¡miedo de amar y odiar! ¿Pero es esto humanamente posible? ¿Cómo obligarse a no pensar, a no sentir? Los pensamientos surgen a mi pesar en mi alma, y pronto se convierten, ante mis ojos, en un tormento para la humanidad. He roto con todo el mundo, abandoné todas mis riquezas; me he enterrado vivo en un lugar aislado –desconocido de todos– al fondo de un bosque impenetrable; tengo miedo de volver a encontrar un ser humano, pues todos aquellos en los que pongo mis ojos mueren; tengo miedo de admirar una flor –porque si lo hago, las flores se marchitan bajo mi mirada... ¡Es horrible! ¡Horrible! Y durante este tiempo, el mundo misterioso evocado por el poder mágico continúa obsesionándome: veo ahí todos los encantos, todos los hechizos de la vida, veo mujeres, una familia, todas las alegrías de la existencia; es en vano que yo cierre los ojos, ¡en vano!

¿Va a durar aún mucho tiempo esta prueba? ¿Quién lo sabe? En ocasiones, cuando las lágrimas de un arrepentimiento puro y ardiente brotan de mis ojos, cuando, domeñando mi orgullo, adquiero humildemente conciencia de todas las abominaciones de mi corazón –la visión desaparece, la calma me invade... ¡Pero eso dura poco! La puerta fatal está abierta: yo, un habitante de esta tierra, pertenezco a otro mundo en el que a mi pesar soy un actor y, además, también soy –es horrible decirlo– **¡el instrumento del castigo!**





Vladimir Fiodorovich Odoievski (1803-1869). Escritor, crítico musical y filósofo ruso. Fue miembro de la asociación secreta "Liubomudry", un círculo filosófico donde se discutían las obras e ideas de Kant, Schelling y otros pensadores alemanes.

Está considerado como uno de los románticos rusos más originales y misteriosos: imbuido de un vago misticismo, en los últimos años de su vida se sumió en el estudio de los kabalistas, alquimistas y ocultistas occidentales como Jakob Boehme y Louis-Claude de Saint Martin. Con frecuencia se le compara también con Tieck y Novalis.

Vladimir Odoievski escribió además de *El cosmorama*, otras obras importantes, entre las que destacan: *La salamandra*, *Noches rusas*, y la inacabada novela utópica *El año 4338*.

Obra inédita hasta la fecha en español -*El cosmorama*- que ahora publica Maldoror ediciones, es un relato fantástico que trata el tema del doble con un enorme despliegue de sugestión y carga dramática, de final inesperado.